J. HERCULANO PIRES

VAMPIRISMO

Traducción de Teresa

SUMARIO

(PORTADA).
I — TEORÍAS DE APLAZAMIENTO
II — PARÁSITOS Y VAMPIROS
III — EL HOMBRE POR LA MITAD
IV — COMPORTAMIENTO HUMANO
V — LOS VAMPIROS SAGRADOS
VI — APPORT Y ENDOPPORT
VII — CASOS ACTUALES DE ENDOPPORT
VIII — EL AUTO-VAMPIRISMO
IX — AVES DE RAPIÑA
X — VAMPIRISMO TELÚRICO
XI — DINÁMICA DE LA CONCIENCIA
XII — VAMPIRISMO CÓSMICO
FICHA DE IDENTIFICACIÓN LITERARIA
(CONTRAPORTADA)

I — TEORIAS DE APLAZAMIENTO

Todo el campo de la Psicoterapéutica actual está erizado de obstáculos que impiden el avance de los investigadores en las tentativas necesarias de esclarecimiento positivo de sus problemas. Jóvenes que entran esperanzados en cursos universitarios, en busca de conocimientos positivos con los cuales hacer frente y dar solución a los angustiosos problemas psíquicos de la actualidad, acaban en la frustración y en la desesperación. Muchos de ellos terminan por adherirse a las corrientes de aventureros y explotadores del campo minado. Fracasan en sus propios casos y aumentan las legiones de los desesperados, apelando a recursos ilícitos para mantenerse en un equilibrio aparente. Descubren aterrados la inscripción dantesca en los portales del Infierno: "Abandonad toda esperanza, vosotros, los que entráis" Los veteranos del profesionalismo frustrado se acomodan en algunas escuelas teóricas e intentan subvertir la escala de valores de la Civilización de la Angustia, normalizando trágicamente la anormalidad. Capitulan estratégicamente en la batalla ignominiosa, a la espera de futuros descubrimientos salvadores. Entregan el cogote a la Esfinge de Edipo.

Esa situación dolorosa de las ciencias del psiquismo, en medio del esplendor del adelanto general de la Ciencias en otros campos, reafirma la falsa idea generada en el criticismo kantiano, de una dualidad trágica e irremediable del hombre condenado: la de la existencia de un mundo inaccesible a la Ciencias.

Las teorías de aplazamiento siguen el camino inevitable de los procesos naturales a que todo y todos nosotros estamos sujetos: crecen, se desarrollan, envejecen y mueren. Pero dejan, en la vida de los organismos conceptuales, las generaciones espurias de las descendencias de una asombrosa filogénesis de lo sistemático. De esa manera, la rueda de las frustraciones continúa girando, como los molinos de viento de Don Quijote en las desoladas llanuras de la Mancha. Los molinos fantasmales, que nada muelen, continúan al menos desafiando la contumacia delirante de los quijotes. Mientras tanto, las teorías que ponen trabas en el camino de las Ciencias, como observó Richet, continúan torturando a las legiones de infelices, sometidos a choques eléctricos y químicos en los hospitales y en las clínicas de lo sin-fin.

Ni siquiera los descubrimientos actuales de una ciencia universitaria, la Parapsicología, en acentuado desarrollo en los mayores centros universitarios del mundo, han logrado resquebrajar la acomodación de aquellos que se apoyan en las teorías de aplazamiento. Se aplaza la angustia, la desesperación, la tortura de millones de criaturas, para defender métodos, principios y esquemas ya rotos en el propio campo de la Física, y ello por temor a palabras y prejuicios del mundo científico, generados en fases de transición desde hace mucho ya superadas. La era de los vampiros fantasiosos ya pasó hace mucho, pero la del Vampirismo, nacida a finales del siglo pasado, con los descubrimientos científicos de Crookes, Richet, Shrenk-Notzing, Kardec, Zöllner y tantos otros – todos hombres de Ciencia, profesores-catedráticos de grandes Universidades,

apenas se esboza en nuestros días. Pero la liviandad humana, aun la de los hombres más serios y dedicados a la labor científica, sostiene todavía las prevenciones del pasado, sin valentía para avanzar en el campo minado de las supersticiones, como si la función primaria de las Ciencias no fuese, precisamente, la de romper con ellas.

El Vampirismo actual no se nutre de leyendas aterradoras, sino de realidades positivas del campo del Psiquismo, que exigen esclarecimiento. Las Ciencias de lo Paranormal nacieron de la pesquisa científica de los fenómenos psicofísicos. Donde hay fenómenos tangibles, susceptibles de repetición y por tanto de pesquisas bajo control estadístico, la Ciencia tiene la obligación de penetrar con sus instrumentos de comprobación. Los hombres de formación científica, mayormente los que se dedican a las profesiones terapéuticas, no pueden hurtarse a ese deber sin caer en la violación de la ética profesional y de la traición a los principios humanistas. Esa doble prevaricación pone hoy la señal de Caín en la frente de todos aquellos que viven en las teorías obstaculizadoras. La multitud de sus víctimas, que se cuentan por generaciones enteras, claman contra esa perfidia en el presente y hacen resonar su clamor desesperado en las lejanías del futuro. Los psicoterapeutas actuales, en su casi totalidad, pasarán a la Historia como torturadores y explotadores de las generaciones sacrificadas.

No hacemos una acusación, registramos un hecho.

La prueba científica de la sobrevivencia de la mente después de la muerte corporal (Rhine, Carington, Soal, Price, en las Universidades de Duke, Cambridge, Oxford, Londres, Berlín, Kírov y otras) no deja dudas en cuanto a la realidad de la acción de entidades psicofísicas sobre las criaturas humanas. Rhine demostró que la mente no es física, sino de constitución extra-física. Carington reforzó esa prueba y formuló la teoría de las entidades psicónicas, formadas por psicones (átomos mentales). Soal designó con la sigla SHI la personalidad humana sobreviviente. Vasiliev, en la URSS se entregó a experimentos para demostrar que el pensamiento y la mente son materiales, pero acabó confesando su derrota. Louise Rhine se aplicó a pesquisas de campo (fuera de los métodos de laboratorio) y comprobó lo que su marido había demostrado en laboratorio. John Herenwald pesquisó y publicó sus trabajos sobre las influencias telepáticas en las relaciones interpersonales. El camino fue allanado por esos y otros científicos actuales, que derribaron las estacas obstaculizadoras, pero los negadores continuaron en su negación, al margen de las exigencias científicas.

Remy Chauvin, del Instituto de Altos Estudios, de París, llamó a los renuentes "alérgicos al futuro", pero los psicoterapeutas no se arredraron en sus teorías y sus métodos de tortura.

Pese a todo, el *psychic-boom*, **la explosión psíquica en el mundo continuó en su progresión. Y gracias a la enajenación de los psicoterapeutas de formación universitaria, que se alimentaron en sus cursos con la leche de las Ciencias, surgieron por toda parte los charlatanes explotadores de la credulidad popular y de la desesperación del siglo, con sus clínicas pseudo-parapsicológicas, devastando la economía de los ingenuos.**

Ese panorama desolador nos exige, a todos aquellos que no participamos en ese comercio inicuo y envilecedor, la aclaración del

problema, con base en los estudios y las pesquisas desinteresadas de años y más años, en la comprobación día y noche de la verdad por medio de los hechos.

Los fenómenos paranormales revelan la naturaleza extra-física del hombre, lo cual equivale a decir su esencia espiritual. Los investigadores de la Universidad de Kírov se deslumbraron con la visión de aquello que denominaron cuerpo bioplasmático del hombre, luminoso y refulgente. Constituido por un plasma físico, su materia es rutilante. Verificaron, en la observación mediante cámaras Kirlian de fotografías paranormales, que el cuerpo del moribundo solo se convertía en cadáver cuando todos los elementos del cuerpo bioplasmático se retiraban. En las personas vivas, constataron que ese cuerpo de plasma dirige todas las funciones del cuerpo carnal y actúa en las manifestaciones paranormales a través de proyecciones y pseudópodos que pueden poner en movimiento objetos a distancia. Verificaron asimismo la posibilidad de prevención de enfermedades en el cuerpo carnal. Todo eso demuestra que el denominado cuerpo bioplasmático del hombre no es más que el cuerpo espiritual de la tradición cristiana, a que el Apóstol Pablo llamó, en la I Epístola a los Corintios, cuerpo de la resurrección. Esas descripciones coinciden con lo que Kardec llamó periespíritu, envoltorio del espíritu que liga el cuerpo carnal al espíritu o alma. La teoría kardeciana del hombre tríplice: Espíritu, Periespíritu y Cuerpo Carnal, fue confirmada por los científicos materialistas de Kírov, que no la conocían y no tenían interés alguno en una conclusión favorable a la sobrevivencia del hombre, el cual, según el Marxismo, debe desaparecer en la tumba para siempre.

Advirtiendo el riesgo a que se exponían, los científicos se apegan a lo que de materia les restaba: el plasma físico. Pero en el propio plasma, considerado como el cuarto estado de la materia y formado de partículas atómicas, se encontraron partículas de naturaleza indefinida. Con la teoría espírita, que considera el periespíritu como un organismo semi-material, constituido por energías físicas y extra-físicas, Kardec había anticipado en más de un siglo el sensacional descubrimiento de los científicos de Kírov. Resalta de todo esto la concepción necesaria del hombre como espíritu. El descubrimiento de la anti-materia y de la interpretación de los mundos físicos y no físicos explicó también necesariamente la convivencia de espíritus y hombres corpóreos, en un mismo espacio, pero en diferentes dimensiones de la realidad.

Las pesquisas sobre la reencarnación, implantadas en la Universidad de Moscú por el Prof. Vladímir Raikov se propagaron a las demás universidades soviéticas. Siendo los espíritus nada más que los propios hombres desencarnados, es fácil comprender que las relaciones posibles entre hombres y espíritus, en el campo afectivo y mental, permiten los vínculos de espíritus enviciados con hombres de tendencias viciosas. Ese es el nuevo tipo de vampirismo que surgió de las pesquisas espíritas a mediados del siglo XIX. Los problemas de perversión sexual, del alcoholismo, de los tóxicos y de las tendencias criminales entran así en una nueva perspectiva, escapando al círculo cerrado de la herencia biológica, de los procesos endógenos, para una apertura hacia los procesos exógenos. Las pesquisas de Kardec en ese sentido fueron decisivas. El tratamiento de esos casos se hizo más seguro, confirmándose la teoría por los casos de curación, particularmente de los considerados incurables.

Posteriormente, los resultados obtenidos en los Centros Espíritas, y en muchos hospitales espíritas, dieron sobrada y plena confirmación a ese descubrimiento, al mismo tiempo aterrador y consolador.

Vencidas las barreras de las supersticiones populares y de la dogmática iglesiera, de las imposiciones clericales de la fe ciega, de la supuesta infalibilidad de las Escrituras Sagradas, la verdad surgía desnuda y pura del fondo sombrío del pozo hacia la claridad meridiana de la certeza científica. Ya no quedan dudas posibles en lo atinente a la existencia de relaciones constantes y naturales de orden telepático entre los dos planos entrelazados de la vida humana: el de los hombres y el de los espíritus. Las teorías de aplazamiento – cargadas de prejuicios y precipitaciones, las duras barreras del conocimiento indicadas por Descartes al mundo científico – solo consiguen hoy agrupar a su favor a los científicos hipnotizados por la obsesión materialista o por el fanatismo religioso. El racionalismo frío de las Ciencias Materiales se fundió al calor humano de las Ciencias del Espíritu. La metodología mecanicista cedió el puesto a nuevas formas metodológicas de pesquisa, basadas en la adecuación del método al objeto, ante la evidencia de la ruptura de los conceptos tridimensionales de la realidad objetiva. Nuevas dimensiones de lo real surgieron del reconocimiento de la multidimensionalidad de las constituciones atómicas y subatómicas de la realidad intangible de los elementos y de la naturaleza humana en su esencia invisible. Remontando desde el efecto a la causa, las Ciencias fragmentarias se han unificado en los fundamentos conjugados de la causa única de todos los efectos.

II — PARÁSITOS Y VAMPIROS

La economía de la Naturaleza nos revela la unidad funcional de todos los procesos vitales. La Naturaleza, en su infinita variedad de cosas y seres, no despilfarra energías y formas, contenidos y continentes en sus estructuraciones. Del reino vegetal al reino animal el proceso creador es uno, obligándonos a una concepción monista del Universo. La Fisiología de la Naturaleza, según la ley de la diferenciación en la unidad, se muestra estructurada y con funciones establecidas por los mismos sistemas adaptados a cada reino. Desde la savia del vegetal a la sangre de los animales y del hombre, desde las estructuras ópticas inferiores a las superiores, la organización es la misma. Desde los sistemas de motilidad y percepción y de alimentación y asimilación de las plantas, hasta el hombre, el sistema de funcionalidad solo varía en lo que atañe a las adaptaciones específicas. De igual manera y por la misma razón, el parasitismo vegetal se desarrolla en la dirección del parasitismo animal y del vampirismo hominal-espiritual. Y así como el parasitismo influye en el desarrollo de las plantas y en el comportamiento de los animales, el vampirismo influye en el comportamiento humano individual y social. Entre los varios elementos, cosas y seres que actúan sobre el comportamiento humano, el más perturbador y el que más profundamente amenaza las estructuras físicas y espirituales del ser humano es el vampirismo, porque es la actuación consciente de un ser sobre otro para deformarle los sentimientos y las ideas, trastornarle la mente y llevarlo a prácticas y actitudes contrarias a su equilibrio orgánico y psíquico.

En el parasitismo, incluso en el espiritual, hay una tendencia de acomodación del parásito en la víctima. La ley es la misma del parasitismo vegetal y animal. La entidad espiritual parasitaria procura ajustarse al parasitado, en la postura de una sub-personalidad afín. Ambos viven en sintonía, pero el parásito lo hace a costa de las energías del parasitado, cuyo desgaste naturalmente aumenta de manera progresiva. Ambos ganan y pierden en esa conjugación nefasta. El parasitado sufre doble desgaste de sus energías mentales y vitales y el parásito cae en la dependencia de aquél, perdiendo su capacidad individual de sobrevivencia y conservación. La muerte del parasitado afecta al parásito, que muere con él por sugestión, pues ha perdido la capacidad de vivir, sentir y pensar por sí mismo. Los casos de personas dependientes, excesivamente tímidas, desanimadas, inaptas para la vida normal, esas de quienes se dice que "pasaron por la vida, pero no vivieron", son típicamente casos de parasitismo. Las propias condiciones orgánicas de tales personas, que no reaccionan debidamente a los socorros medicamentosos, a la alimentación y a los estímulos del medio, de prácticas espirituales o físicas, resultan de deficiencias orgánicas, pero también de la sobrecarga invisible del parasitismo espiritual. Las medicaciones estimulantes y los tratamientos psicológicos raramente producen los efectos deseados. Pero la conjugación de esos recursos habituales con el tratamiento espiritual para la expulsión del parásito, que representa en el organismo de la víctima una forma de sub-vida consumidora, por lo regular produce efectos sorprendentes. Las causas de esa situación mórbida resultan de procesos kármicos originados por asociaciones criminales de ambos comparsas en vidas anteriores. Los recursos espirituales son los pases espíritas, la frecuencia regular a reuniones mediúmnicas, el estudio y la lectura de los libros espíritas

básicos, la práctica de la plegaria individual diaria hecha por el parasitado en favor del parásito o parásitos.

Todas esas providencias deben ser orientadas por personas conocedoras del Espiritismo, no pretenciosas y dotadas de buen sentido, lo cual permitirá el control sobre el proceso de curación. Todas las prácticas exorcistas, quema de ingredientes, sahumerios, aplicación gimnástica de pases formalizados, empleo de plantas supuestamente milagrosas u objetos de magia, solo podrán agravar la situación. El espíritu parásito es una criatura humana con los derechos comunes de la especie humana y debe ser siempre encarado como partenaire de los sufrimientos del parasitado. En esos tratamientos no se debe despreciar el concurso médico, pues los efectos negativos del parasitismo espiritual, depauperando el organismo de la víctima, propician también la infiltración de los parásitos del medio físico, que deben ser combatidos con los medicamentos específicos. Aunque la acción espiritual de las entidades protectoras pueda también ayudar al reequilibrio orgánico, la presencia de un médico, si posible espírita, se hace necesaria. Se equivocan aquellos que se vuelven contra la Medicina en esas ocasiones, pues las leyes y los recursos del medio físico son más apropiados en estos casos. Cada plano de la Naturaleza tiene sus exigencias específicas, que hemos de respetar. Existen también los Espíritus de la Naturaleza, que trabajan en el plano físico. Esas entidades semi-materiales, de cuerpos periespiríticos, están en ascensión evolutiva hacia el plano hominal. Son los llamados *elementales* **de la concepción teosófica, derivada de las doctrinas espiritualistas de la India. Las funciones de esas entidades en la Naturaleza son de gran responsabilidad. El Espiritismo pone su énfasis en el estudio y en la investigación de los espíritus humanos, que son los de nuestro plano evolutivo, dotados de conciencia e inteligencia racional más desarrollada. Los parásitos ya pertenecen al plano humano. En la Teosofía y en otras corrientes espiritualistas son considerados** *larvas astrales*. **Lo cierto es que no son** *larvas* **ni** *elementales*, **son entidades que necesitan la ayuda del adoctrinamiento. Los teósofos atribuyen también las comunicaciones espíritas a los llamados** *cascarones astrales*, **que según ellos son envases espirituales, periespíritus abandonados por los muertos, de los cuales se sirven los** *elementales* **o los espíritus bromistas para manifestarse en las sesiones mediúmnicas como siendo los espíritus de esos muertos. La teoría de los** *cascarones* **fue creada por Mme. Blavatski, tras una sesión mediúmnica a que asistió en Nueva York. El Sr. Sinet declara en su libro** *Incidentes de la Vida de la Sra. Blavatski* **que ella cometió entonces un error de observación, al cual nunca más se refirió. Sinet, teósofo de proyección y compañero de Blavatski, no está de acuerdo con los teósofos que continúan aceptando esa falsa teoría. André Luiz se refiere a** *ovoides*, **espíritus que han perdido su cuerpo espiritual y se ven encerrados en sí mismos, envueltos en una especie de membrana. Esto recuerda la teoría de Sartre sobre lo** *en-sí*, **forma anterior del ser espiritual, que la rompe al proyectarse en la existencia por necesidad de comunicación. La acción vampírica de estos** *ovoides* **es aceptada por muchos espíritas amantes de novedades. Pero esa novedad no tiene condiciones científicas ni respaldo metodológico para ser integrada en la doctrina. No es más que una información aislada de un espíritu. Ninguna investigación seria, hecha por estudiosos competentes, ha demostrado la realidad de esa teoría. No basta**

el concepto del médium para validarla. Las exigencias doctrinarias son mucho más rigurosas en lo atinente a la aceptación de novedades. El Espiritismo estaría sujeto a la más completa deformación si los espíritas se entregasen al delirio de los cazadores de novedades. André Luiz se manifiesta como un neófito entusiasmado con la doctrina, empleando a veces términos que desentonan de la terminología doctrinaria y conceptos que no siempre se ajustan a los principios espíritas. La amplia libertad que el Espiritismo faculta a sus adeptos tiene sus límites rigurosamente fijados en la metodología kardeciana.

En el caso del parasitismo y del vampirismo todo rigor es poco, pues los errores y las interpretaciones equivocadas pueden llevar los trabajos de curación a desencaminarse peligrosamente.

Si no encaramos el parasitismo y el vampirismo en términos rigurosamente doctrinarios y con el debido respeto al método kardeciano, quedaremos expuestos a ser engañados por espíritus mistificadores que pasarán a vampirizarnos. Porque el vampirismo es un fenómeno típico de las relaciones interpersonales. En la vida material, como en la vida espiritual, el vampirismo es un proceso común y universal de la relación afectiva y mental de las criaturas. Es vampiro el sacerdote que fanatiza a un creyente y lo somete a sus exigencias para explotarlo con la promesa del Cielo, como es vampiro el demagogo político que fascina a los adeptos a sus ideas y los lleva al sacrificio inútil y brutal de la rebelión y del terrorismo. Es vampiro el espírita o el médium que fascina a los ingenuos con la simulación de poderes que no posee, revelándoles supuestas reencarnaciones deslumbrantes y conduciéndolos al delirio de sus ambiciones de grandeza. Es vampiro el negociante experto que chupa los ahorros de sus clientes con falsas promesas para un futuro improbable. Es vampiro el galanteador donjuanesco que se hace con el afecto de las mujeres inseguras para explotarlas. Es vampiro el alcohólico o toxicómano que siembra la desgracia a su alrededor. Es vampiro el espíritu sagaz o vengativo que sorbe las energías de las criaturas humanas y subyuga a otros espíritus para proceder a la conquista y dominación de otras, y así sucesivamente, en la inmensa y variada pauta del vampirismo material y espiritual.

Por todo eso, la curación del vampirismo no es más que un procedimiento de separación de los implicados, de alejamiento del vampiro de la órbita de su víctima. Pero no basta ese primero paso. Es necesaria la persuasión de los implicados, mediante el adoctrinamiento espírita. El adoctrinamiento es la transmisión del conocimiento doctrinario a las dos partes. Sin esa transmisión el proceso no se completa y la curación será únicamente una suspensión del vampirismo durante algún tiempo. Como enseñó Jesús (y vemos en los Evangelios) podemos alejar a los matones que se han adueñado de la casa, limpiarla y arreglarla. Pero si ésta permanece vacía, los matones invitarán a otros compañeros y la retomarán. En tal caso, el estado de la habitación será peor que antes. Según el grado de compromisos y responsabilidades mutuas entre los vampiros y sus víctimas, el tratamiento será más o menos prolongado. Los vampiros son obstinados, insistentes, pues el vampirismo es para ellos el medio de mantenerse en la rutina de sus vicios. La víctima, a su vez, está machacada en el vampirismo y acostumbrada a la entrega de sí misma sin reluctancia. La frecuencia regular de la víctima a los pases y a las sesiones

mediúmnicas es el único medio posible de fortalecerla para la resistencia necesaria. No nos iludamos con las mejorías instantáneas. Los vampiros no sueltan fácilmente a sus víctimas. Se alejan estratégicamente y vuelven con más furia en la primera oportunidad favorable. Es necesario que las víctimas curadas estén convencidas de esto y preparadas para repelerlos en sus embestidas astutas. A pesar de esas dificultades, en los trabajos bien dirigidos no raramente se logran resultados relativamente rápidos, que permiten mayores posibilidades para consolidar la curación.

La falencia de la Psiquiatría, con todos sus métodos modernos, resulta de la falta de la consideración de esos factores espirituales en los diversos tipos de perturbaciones mentales y desequilibrios emocionales. Impotentes ante los casos más graves, como los de inversiones y desvíos sexuales, los psiquiatras más actualizados adoptaron una táctica de persuasión para el aplazamiento, declarando normales esas anormalidades. Consideran peligrosa la resistencia frente a los impulsos inferiores de la libido, alegando que la represión resulta en complejos irreversibles. Los psiquiatras espíritas, que hoy afortunadamente ya son numerosos, no pueden aceptar esa táctica de capitulación, que los convertiría en cómplices de las entidades vampíricas. Ellos tienen el deber indeclinable, profesional y consciencial, de organizarse en asociaciones de pesquisas, fundamentadas en la Ciencia Espírita y la Psiquiatría, para el necesario enfrentamiento contra esos medios de abastardar la especie.

La sexualidad es el fundamento de la vida y el sexo es su forma de manifestación. Los psiquiatras ingenuos o ignorantes juegan hoy con fuego en sus consultorios, y sus clínicas están incendiando el mundo. Parten para el sofisma en defensa propia, alegando la imposibilidad de caracterizar lo que es normal y lo que es anormal. Con ello pretenden declarar normales las anormalidades más envilecedoras. No obstante, la normalidad se define por sí misma en el medio social. El sexo masculino define la personalidad normal del hombre en sus funciones creadoras. El sexo femenino define la personalidad normal de la mujer. Confundir churras con merinas es táctica de negociantes fraudulentos e inescrupulosos. Decir a un adolescente que se siente dominado por impulsos negativos y busca librarse de ellos: "Eso es normal, busca una pareja", es arrojar al infeliz a la rueda vida de un futuro vergonzoso. No es esa la función del médico ante el enfermo que acude a él. Ya hay consultorios y clínicas dotadas de lechos ocultos, a donde son invitadas consultantes desesperadas, para una terapéutica libertina. El médico, en ese caso, se receta a sí mismo como medicamento salvador. La llamada terapia de grupo se convierte en rufianismo científico, donde mujeres desorientadas son presentadas por los médicos a hombres insatisfechos que pueden adornar la frente de sus maridos con base en el recetario.

Un médico espiritualista nos contó una anécdota que afirmó no ser anécdota: "El Sr. B., importante figura social, tenía la costumbre de recoger colillas de tabaco en las calles y llenar con ellas los bolsillos. El psiquiatra a quien consultó lo sometió a un tratamiento modernísimo. Encontrándolo más tarde, el médico espiritualista le preguntó si se había curado. Sí, respondió el figurón empavonado. Continúo recogiendo las colillas, pero ahora no paso vergüenza alguna al hacerlo. Lo hago con naturalidad.

Las técnicas psiquiátricas más modernas, como se ve, proceden de la remota fase griega de los sofistas, de quienes Sócrates se desligó para poder encontrar la Verdad.

III — EL HOMBRE POR LA MITAD

La percepción espiritual que el hombre tiene de sí mismo, innata y natural, se desarrolló en las civilizaciones de la Antigüedad, a partir del ciclo de las civilizaciones agrarias y pastoriles, en sentido global. El hombre sentía e intuía la totalidad de su naturaleza. Por ello no hubo, en parte alguna, ningún tipo de filosofía materialista. La concepción materialista del hombre apareció tardíamente, como resultado de su desarrollo mental y del aguzamiento de su curiosidad.

Las filosofías antiguas actualmente designadas como materialistas o precursoras del materialismo – incluso en los tiempos más recientes del pensamiento griego – se fundaban en principios espirituales y tendían a explicaciones teológicas. La presencia de Dios es constante en toda la Antigüedad, desde las selvas hasta las civilizaciones teocráticas.

En la Edad Media se cerró el último ciclo de la evolución de las civilizaciones antiguas. En ella se resolvió el proceso dialéctico de la evolución mundial, en la confluencia de las conquistas occidentales y orientales, para la síntesis del Calderón de Dilthey, en que, según la conocida tesis de ese filósofo, las concepciones filosóficas y la mundividencia de griegos, judíos y romanos se fundían – en la lenta elaboración del Milenio – para que pudiese surgir el Mundo Moderno, a través del Renacimiento europeo. Renacían en Europa las principales conquistas espirituales de las antiguas civilizaciones. El Racionalismo griego dirigía las corrientes en fusión en busca de lo real. La nueva civilización se oponía al Espiritualismo fantasioso de la Antigüedad y a las idealizaciones del platonismo, interesándose por el objetivismo aristotélico y sus tentativas de conocimiento material del Mundo, de las cosas y de los seres. Solo entonces se creaba el ambiente propicio al desarrollo de las formas de interpretación materialista.

Esa virada necesaria y productiva de la mente hacia los problemas terrenos liberaba y aguzaba la curiosidad humana por los misterios de la Naturaleza, hasta entonces envueltos en las especulaciones mentales y en las fabulaciones de la afectividad anímica. Durante el milenio medieval la razón se había desarrollado y perfeccionado, despuntando en René Descartes y Francis Bacon hacia los avances metodológicos de la pesquisa científica. El teólogo disidente Abelardo aparece en ese contexto como precursor de Descartes. Su rebelión le costó un alto precio, pero su libro *Sic et Non* **y su famoso romance con Eloísa sacudieron para siempre los fundamentos del Mundo Antiguo. En vano lucharía la Iglesia para mantener su dominio absoluto. La síntesis que abriría los nuevos tiempos estaba impulsada por las fuerzas de la evolución y del proceso histórico. Nada podría detener su desarrollo.**

Como en todos los momentos de transición, el mundo se transformó en un pandemonio y los espíritus más vigorosos, y por lo tanto más rebeldes, se levantaron contra la dogmática eclesiástica, proclamaron el adviento de la Razón y negaron el concepto espiritual del hombre, cortándolo por la mitad. Palabras tales como Espíritu y Alma fueron consideradas residuos de un pasado de fábulas e ignorancia. En los embates que se sucedieron, con el desarrollo científico y la revelación progresiva de los antiguos arcanos de la Naturaleza, las Ciencias heredaron para su estudio y su pesquisa únicamente la mitad del hombre. La otra mitad fue puesta de lado como pieza de Museo, válida únicamente

para el vulgo inculto. Fue con verdadera euforia como los hombres se vieron libres de las responsabilidades de una vida que no se extingue en el túmulo. Y los científicos, en general, se ufanaron de haber descubierto que no son más que ceniza y polvo.

Los métodos de pesquisa científica se desarrollaron en el plano sensorial, pues solo lo que era visible y tangible podía ser considerado real. Se fundó así la Civilización Mundial del tacto, apoyada en la tecnología de las máquinas, que, hasta entonces, no captaban fantasías o fantasmas. Relegado al cesto de los papeles viejos, el hombre espiritual (nada menos que la mitad del hombre real) no merecía la atención de los sabios. Augusto Comte rechazó la Psicología, Pavlov y Watson descubrieron la Psicología sin alma (una ciencia sin objeto), Marx y Engels fundaron el Materialismo Científico. Y Sartre, hasta hoy, acompañado por la decadente figura de René Sudre, proclama la gloria de la nadificación del hombre. Los científicos que, como Crookes, Richet, Zöllner, Gibier, Osty, Geley, se atrevieron a demostrar la realidad del espíritu, fueron considerados ingenuos o chiflados. Morselli, para salvar a esos colegas, creó la aturdidora novedad del Espiritismo Sin Espíritus. Solo le faltó crear una Humanidad Sin Hombres, lo cual ha quedado reservado para nuestros días, con el descubrimiento *maravilloso* **de la bomba de neutrones.**

En el plano religioso ocurrió el más sorprendente de los fenómenos. Los teólogos cristianos proclamaron la Muerte de Dios, basados en el testimonio del Loco de Nietzsche y fundaron el Cristianismo Ateo. Ante ese panorama de locuras científicas era natural que la Psicología sin alma engendrase una hija también desalmada: la Psiquiatría del Libertinaje, que dio la mano a la Toxicomanía y salió con ella para incentivar a los hombres al goce de la vida sin compromisos ni responsabilidades.

En el mito griego los andróginos eran dobles, fuertes y veloces. Intentaron escalar el Olimpo para hacerse dioses, pero Zeus los cortó por el medio y los devolvió mutilados al ras del suelo. Ese hombre mutilado pobló la Tierra y fue a él a quien los científicos han mutilado nuevamente, reduciéndolo a únicamente una cuarta parte del hombre original. No es de admirar que ese homúnculo actual – acomplejado, vanidoso e insolente como aquel *pedacito de fermento del Lobo de Mar* **de Jack London – esté ahora estallando en la angustia y en los delirios de su impotencia. Perdiendo su mitad espiritual, entraron en las crisis de histerismo colectivo, fascinados únicamente por las fuerzas magnéticas del sexo y arrastrados a todos los desvaríos de una esquizofrenia catatónica. La ceguera materialista completa ese cuadro mórbido. Y vampiros y parásitos nada más hacen que atender a los llamamientos de la carne sin alma que agoniza en la angustia existencial. Solo hay un remedio para el enfermo sin esperanzas: el retorno al espíritu. Y como enseña Hubert, mientras el hombre no comprenda que es espíritu y que tiene que vivir como espíritu y no como los animales-máquinas de Descartes, no habrá más tranquilidad ni esperanza en la Tierra, que ha dejado de ser la** *Tierra de los Hombres* **de Saint Éxupèry para transformarse en el dominio alucinado de los vampiros. El ciclo infernal se define así: los hombres vampirizados mueren, se transforman en vampiros para vampirizar a los que nacen.**

La concepción materialista del hombre reduce a la Humanidad a una especie animal sin perspectivas. La vida, los sueños, los anhelos humanos se convierten en espejismos y alucinaciones sin sentido. Si hubiese una

sola justificativa lógica para esa concepción, todavía se podría aceptar el curso intensivo de esa moneda falsa en el mercado mundial de las ilusiones. Los espejismos del desierto aún pueden ser explicados por los fenómenos de refracción de la luz, pero ese espejismo conceptual no se justifica por refracción óptica o mental, ni por refracción histórica, ni por pesquisas antropológicas o psicológicas. Toda la Historia Humana se asienta, en todas partes, sobre la intuición universal de la naturaleza espiritual del hombre. La novedad materialista del Siglo XIII brotó de varios equívocos en la lucha contra los absurdos y los desmanes de la Iglesia, basados en la idea de poderes divinos supuestamente concedidos a los clérigos a través de rituales de origen salvaje. La raíz del materialismo es el garrote del cacique, seco y muerto, del cual solo podrían brotar las serpientes del bastón de Moisés en la sala del Faraón.

Históricamente el materialismo nació del sofisma, que es un tira y afloja con la verdad, de que se sirvieron los sofistas griegos para negar la posibilidad del conocimiento de lo real. El Materialismo Científico vale históricamente por la reivindicación social, pero el error fatal de la inversión de la Dialéctica de Hegel lo coloca, hoy, en posición filosófica retrógrada. Le falta la luz del espíritu y cuando ésta aparece, encendida por manos piadosas, él la apaga apresuradamente. No puede soportarla, como ocurrió recientemente en la Universidad de Kírov, con el incómodo descubrimiento del cuerpo espiritual del hombre por los científicos soviéticos.

Es curioso ver cuán apegados estamos aún, pese al acelerado desarrollo científico de nuestro tiempo, al método deductivo-empirista del prolongado pasado humano. Los métodos de la investigación tecnológica nos sirven para hacer descubrimientos sorprendentes en las pesquisas fragmentarias de la realidad exterior, pero en lo que atañe a los problemas de la esencia y de la naturaleza humana, no avanzamos un paso más allá de la imaginación. Nuestro barco mental ha encallado en las aguas turbias de las ideas preconcebidas y de las deducciones precipitadas del proceso tecnológico. El misticismo de los creyentes religiosos se ha transformado, en la era científica, en una forma espuria de la mitología de Bacon, fundada en la idolatría supuesta de las soluciones mentales. Continuamos apegados a los ídolos del pensamiento baconiano. Imantados a prejuicios de milenios, nos precipitamos en conclusiones envejecidas, sin el menor respeto por el método cartesiano. Modelamos nuestra imagen en la roca, con el cincel de Miguel Ángel y, tal como él, queremos obligar a esa imagen a hablar. No creemos en la evidencia de la Física, temerosos de volatilizarnos en la realidad atómica que nos revela la inconsistencia de la carne, de sus formas desgastantes y mortales. Consideramos que la Física es válida para las cosas más duras que nosotros, pero mantenemos intacta la imagen del hombre carnal. Tememos nuestra propia dispersión en el espacio y queremos escondernos en las furnias de Bacon. Descartes, el espadachín atrevido, nos aterra más que las explosiones atómicas. Volamos a la Luna envueltos en escafandras de seguridad y volvemos de los viajes espaciales asustados y agarrados a las ideas esquemáticas de los teólogos medievales, como ocurrió con los astronautas norteamericanos. El instinto de conservación animal predomina sobre la razón científica y nos volvemos místicos como los frailes auto-flageladores. Las usinas norteamericanas de producción de sectas religiosas en serie funcionan al

ritmo acelerado del miedo, aumentando aterradoramente la capacidad de exportación de pastores norteamericanos a todo el mundo.

Los astronautas soviéticos, materialistas, vuelven del espacio sideral alardeando de que Dios no existe porque ellos no lo encontraron en los suburbios orbitales del planeta. Repitieron, a escala cósmica, las bravatas infantiles de los cirujanos del siglo XVIII que se vanagloriaban de jamás haber encontrado el alma en la punta de sus bisturís. Los siglos pasan, el conocimiento avanza, pero las orejas de Midas continúan plantadas en la Tierra. Hasta un filósofo, como Bertrand Russel, innegablemente lúcido, patina en la lógica declarando que, a pesar de los estragos hechos en el concepto de materia, la verdad es que las leyes físicas continúan en vigor. La hipnosis materialista entorpece los cerebros. Por otra parte, el apego del hombre al cuerpo material perecedero, – alimento de los gusanos – no permite percibir a los más ilustrados materialistas, enemigos acérrimos de Dios, que, con ese apego rinden homenaje al supuesto enemigo en esa contumaz idolatría de la carne. Combaten al Creador pero no quieren salir del aprisco de sus creaciones efímeras.

En su libro *Los Extraños Fenómenos de la Psique Humana* **Vasiliev nos ofrece una nueva imagen de Prometeo encadenado a las rocas del Cáucaso, teniendo su hígado devorado por los buitres. Y la imagen trágica de un Prometeo al revés, que no hurtó el fuego del cielo, en el cual no cree, pero lucha desesperadamente para mantener encendido el fuego terreno de Vesta, después de que las propias vestales del materialismo lo han apagado. El notable científico se hace campeón de lo ilógico para volver del revés las más recientes e indisimulables conquistas espiritualistas de las Ciencias. Vigilado por el Leviatán del Estado, gasta su inteligencia y su saber transitorio debatiéndose inútilmente en la lucha contra la verdad eterna de la naturaleza espiritual del hombre. Tal como Bertrand Russel, no percibe que las leyes físicas descubiertas por las pesquisas científicas no son más que los fundamentos de la realidad material generada y sostenida por el poder creador del Espíritu. Esas leyes no forman parte de la concepción materialista, sino de la estructura de la Realidad Total en que la materia se insiere en el plano sensorial ilusorio. Bertrand, Vasiliev y René Sudre – esa comadre cotilla y centenaria de la batalla contra el espíritu – no se han dado cuenta aún de que sus uñas, sus cabellos y sus ojos no son lo que ellos ven y sienten, sino plasmas atómicos, neblinas plásmicas condensadas por el condicionamiento de nuestros sentidos, en las formas de percepción ilusoria de la realidad-real, que solo ahora estamos descubriendo.**

El hombre por la mitad, esa visión parcial del hombre que hoy tenemos, es simplemente un animal dotado de instintos, entre los cuales sobresale el de reproducción de la especie. El psiquismo humano no existe, es fisiológico y no psíquico. De ahí la quiebra de la Psicología Terapéutica y en especial de la Psiquiatría Libertina. Por eso los psiquiatras íntegros se apegan hoy a los recursos del Espiritismo – la Ciencia del Espíritu, fundada por Kardec – la única ciencia real, basada en la pesquisa de los fenómenos, capaz de completar nuestra visión del hombre de manera positiva. Solo un psiquiatra dotado de recursos espíritas puede enfrentar con eficacia los extraños fenómenos de la psique humana que aturden a los especialistas más experimentados.

IV — COMPORTAMIENTO HUMANO

El comportamiento humano depende de muchos factores que intentaremos alinear en el siguiente cuadro:

1-El grado de evolución del ser en sentido general.

2-Las diferencias de grado evolutivo, en cada ser, en las diferentes áreas de las facultades humanas. Ejemplo: inteligencia, moralidad, afectividad, acuidad, responsabilidad, sensibilidad, idealismo, practicidad, integralidad (en el sentido de integración en la realidad), materialidad y espiritualidad.

3-Herencia genética.

4-Herencias de encarnaciones anteriores.

5-Condiciones de la encarnación actual (medio en que nació y creció, educación, profesores, etc.)

6-Enfermedades actuales, condiciones económicas difíciles o buenas, vicios adquiridos y así sucesivamente.

En este cuadro, apenas esbozado, podemos ver cuán variado es el marco determinante del comportamiento humano, haciendo difícil la elaboración de un esquema universalmente aplicable. De esto se valen los corifeos de la Psicología y de la Psiquiatría Libertinas para contestar los patrones de normalidad del comportamiento humano, e incluir en las franjas de la normalidad los procesos anormales verificados en la Historia de las Civilizaciones, y considerados normales en épocas pasadas. Alegando la imposibilidad de una clasificación precisa de lo normal y lo anormal, consiguen impresionar a las criaturas ingenuas o desprevenidas, que acaban conformándose con sus anormalidades, entregándose a las garras insaciables del parasitismo o del vampirismo. Vidas que podrían ser nobles, dignas, provechosas, se vuelven vergonzosas e inútiles, y lo que es peor, sirviendo únicamente de ejemplo negativo, estimulante de capitulaciones desastrosas. Familias enteras se ven a veces afectadas por esos desastres morales de profunda repercusión.

La homosexualidad, en los dos sexos, por su intensidad en las civilizaciones antiguas y su reviviscencia brutal en nuestro tiempo, es la más grave de esas anormalidades que hoy se pretende declarar normales. Y es precisamente en ese campo, el más pretendido por el vampirismo – desde los *íncubos* **y** *súcubos* **de la Edad Media hasta nuestros días – donde inciden hoy las destemplanzas criminales de los libertinos diplomados.**

La propia palabra *normal*, **teniendo varios sentidos, ofrece margen a interpretaciones ambiguas. Aunque, en el plano cultural, no se justifica la extensión de la ambigüedad común del modo de hablar popular a los conceptos filosóficos y científicos claramente definidos. Examinando el término en sus varios significados, a partir de sus orígenes latinos, los filósofos han definido la palabra** *normal* **como designativa de acontecimientos naturales y habituales en una determinada especie, a lo largo de las civilizaciones. Proveniente de** *norma*, **el adjetivo normal significa regla, modelo, y así viene aplicándose en todos los idiomas. Durkheim le dio mayor precisión al recordar que solo se convierte en normal lo que es bueno y justo.**

Hay dos criterios seguros para definir la normalidad de los hechos: el cuantitativo, que se funda estadísticamente en la mayoría, y el cualitativo, que se basa en la calidad o valor de los hechos dentro de un contexto determinado. A través de ese concepto llegamos a la equivalencia de lo normal con lo natural, en lo que corresponde a las exigencias naturales y

por tanto necesarias de las cosas y de los hechos, en lo que concierne a una especie o al conjunto de las varias especies en determinado plano.

En todas las especies: minerales, vegetales, animales, con plena conciencia en la especie humana, en el criterio teológico referente a la finalidad, lo normal es lo que se encuadra en la definición de Durkheim, o sea, lo que es bueno y justo. Lo bueno y lo justo corresponden a finalidades claras y evidentes. La finalidad genética del sexo define de manera irrevocable su normalidad. Toda práctica sexual que no corresponda a su finalidad al mismo tiempo equilibradora, productora y reproductora del organismo humano es anormal, acusando disfunciones y desviaciones mórbidas en el individuo y en el grupo social.

Cualquier justificativa para esas anormalidades no es más que sofisma atentatorio contra la propia existencia de la especie. El delito cometido por los que se sirven de tales sofismas para disimular su incapacidad profesional es el de traición a la verdad, a la ética profesional e individual, a la moral social, a la dignidad humana, a las exigencias de la conciencia, culminando, por su extensión a la humanidad, en crimen de genocidio.

No estamos exagerando, los desvaríos recientes de un psiquiatra le llevaron a considerar la práctica homosexual como posible medio de control de la natalidad. La Nación que aceptase esa tesis estaría cometiendo el delito de envilecimiento de sí misma, de condenación sumaria de sus ciudadanos a la desvirilización y a la indignidad más abyecta. Todos los valores humanos quedarían reducidos al fango de las pocilgas, ante los hombres convertidos en cerdos por la Circe moderna de la Psiquiatría dementada. La varita mágica, de la Circe de Ulises en el poema homérico, sería transformada en la bomba de neutrones del genocidio cobarde de los físicos inconscientes de esta hora amarga del mundo.

El comportamiento humano ha quedado profundamente afectado y en gran parte subvertido por las rápidas transformaciones de este siglo en todos los sectores vitales, pero los fundamentos conscienciales de ese comportamiento no se han visto afectados ni subvertidos. La conciencia humana define lo humano, es ella la que caracteriza al hombre como poder y como ser. Ella, por tanto, y solo ella, sostiene y garantiza la uniformidad del comportamiento humano básico en todo el planeta. Las variaciones resultantes de condiciones raciales, de tradiciones, de estructuras políticas, sociales y económicas son únicamente de superestructuras, prácticamente superficiales. El gánster, la prostituta, el ladrón, el asesino profesional, el hombre de bien y el santo, poseen todos ellos el mismo tipo de conciencia y por eso son siempre reconocidos, en todas partes, como seres humanos. Un hombre cruel y un hombre santo, son hombres ambos, con los mismos derechos y los mismos deberes. En el santo existe la tendencia hacia el bien y en el cruel la tendencia hacia el mal. Y ambos están sujetos a transformarse en lo contrario, a veces por motivos insignificantes, que no justifican ese cambio. Mal y bien son potencias del espíritu que pueden pasar a acto, desarrollarse, actualizarse. El secreto de la conversión y de la reversión duerme en los recesos del inconsciente, en ese archivo sumergido de las experiencias anteriores en que las emociones más intensas y los impulsos más vigorosos esperan únicamente un toque, un pequeño motivo para subir en tumulto a la superficie de la consciencia.

Esa permeabilidad aterradora, no obstante, es la garantía de la libertad, el libre albedrío es el tribunal de la conciencia, que como todos los tribunales dispone de recursos para contener las invasiones peligrosas y repelerlas, pero también de debilidad suficiente para capitular en el primer asalto de las fuerzas deletéreas. La Corte Suprema es la Conciencia en sí, inflexible en sus exigencias y siempre dispuesta para castigar rígidamente a los tránsfugas y a los cobardes. El hombre íntegro comete una infracción y siente inmediatamente la reprobación de la Conciencia. Si la acata y procura reequilibrarse, recibe la ayuda de los poderes conscienciales y se afirma en la línea recta del comportamiento bueno y justo. Si prontamente se entrega y se recrea en el goce ilusorio del mal, cae en el fango de los instintos y sufrirá mucho, antes de recuperarse. Puede perderse durante siglos y milenios, pero nunca se perderá de manera definitiva. Por eso Papini, en "El Diablo", sostuvo, para escándalo de los medios católicos y del Vaticano, la posibilidad de la Conversión del Diablo, y Teilhard de Chardin, el teólogo, afirmó que el condenado no es jamás expulsado del Pleroma (Cuerpo Místico de Dios), sino que será expulsado únicamente a la fimbria del Pleroma, desde donde un día podrá volver a su sitio vacío. La Conciencia no desfallece ni muere, permanece siempre vigilante y actuante. Por eso la vida del condenado se convierte en infierno, espoleándolo sin cesar hacia los caminos del retorno.

Los que creen en condenaciones eternas no conocen esa mecánica divina que Pitágoras adoptó en la simbología de la Metempsicosis. Y también por eso Cristo declaró que ninguna de sus ovejas se perdería, ni Judas por la traición, ni Pedro por la flaqueza de la negación, ni Magdalena por la entrega a los delirios sensoriales.

Pero si no existe la perdición eterna, existen las formas variables de la perdición temporal, siempre cargada de sufrimiento, desesperación y angustia.

Los que se pierden en los caminos de la evolución, presa de rebelión insensata y angustias profundas, desajustados en su irreductible condición humana, intentan siempre construir su propio imperio y llevar a él sus afectos y desafectos. La figura simbólica del Diablo, existente en todas las religiones con símbolos, representa el Vampiro insaciable, siempre insatisfecho, cazando las almas de Dios para los reductos de las tinieblas.

No obstante, lo cierto es que el vampirismo es únicamente un fenómeno de simbiosis, que tanto ocurre entre los encarnados como entre los desencarnados. Ante las protestas amenazadoras y escandalizadas de la Iglesia, que consideraba la comunicación mediúmnica como una profanación de los misterios de la muerte, Kardec respondía explicando que los hombres son espíritus prisioneros en un cuerpo carnal y los espíritus comunicantes son espíritus libres. Del mismo modo – añadía – que un hombre en libertad puede mantener una conversación con un presidiario a través de las rejas, los espíritus libres pueden hablar con los espíritus prisioneros en un cuerpo carnal a través de las rejas de los sentidos. La mediumnidad no es más que eso. Los espíritus se comunican, de manera natural e incluso habitual, sirviéndose de las facultades de la mente y de las posibilidades de extravasarse del sensorio humano.

Desde que el mundo es mundo esto sucede y no hay quien no conozca ese fenómeno natural. En esas relaciones inter-espirituales se

establecen relaciones naturales entre criaturas encarnadas y criaturas desencarnadas. La simbiosis así establecida se prolonga y se desarrolla en el plano de las afinidades. El vampirismo propiamente dicho es una relación negativa, basada en intereses inferiores de parte a parte.

Al morir, el hombre sale de la prisión corpórea, pero no se libera de sus malas costumbres, de sus vicios, de su maldad y así sucesivamente. Esos espíritus inferiores (como los hombres inferiores entre nosotros) gustan de compañías que se afinen con sus inclinaciones. Un espíritu de alcohólico se relaciona con una persona de su mismo vicio o que tenga inclinaciones hacia ese vicio. Los espíritus de criaturas sensuales se ligan a criaturas del mismo tipo. El vampirismo se procesa en términos de reciprocidad. El hombre bebe, y el espíritu sorbe sus emanaciones etílicas. La peligrosa sociedad se prolonga a veces durante toda una vida, pues ninguno de los dos quiere perder al partenaire. De ahí la necesidad de la intervención de las prácticas espíritas para la separación del dúo, librándose a la criatura humana del acoso negativo del espíritu enviciado. El comportamiento humano se ve así afectado y modificado por las influencias de los vampiros, por lo regular imperceptibles para la víctima.

Los procesos vampíricos abarcan las más variadas modalidades, de acuerdo con las inclinaciones humanas. El vampirismo más peligroso es el que tiene lugar en el plano de las ideas. El vínculo mental se establece de manera imperceptible. Personas demasiado sensibles, predispuestas al fanatismo en cualquier campo, se convierten en presa fácil para entidades del mismo tipo, que acaban por llevarlas a la locura. Manías, tics, ojerizas, escrúpulos exagerados y ridículos, a veces únicamente perceptibles en criaturas humanas, son lentamente llevadas al máximo por la acción vampírica. Psicólogos y psiquiatras conocen bien el desarrollo de esos procesos, en que manías prácticamente insignificantes, que no llegan a perjudicar a la persona, se convierten en manifestaciones exageradas y a menudo peligrosas. Desconociendo la causa, o confinándola en una hipótesis de la sistemática científica – materialista – los psicoterapeutas someten al enfermo a procedimientos violentos de sanación, sin resultados o con los tristes resultados de las deformaciones del comportamiento del enfermo, quien por lo regular pierde su espontaneidad y cae en estados no menos peligrosos de apatía.

El Dr. Karl Wickland relata en su libro *30 Años Entre los Muertos* **los resultados de sus trabajos en su clínica psiquiátrica de Chicago, sirviéndose de la mediumnidad de su esposa. Los relatos son minuciosos y bastante esclarecedores. En la colección de la Revista Espírita, de Kardec, hoy traducida en sus doce volúmenes y lanzada en el Brasil por la Editora Edicel, de São Paulo, Kardec anticipó esa hazaña de Wickland, describiendo varios casos. El Dr. Inácio Ferreira, director del Hospital Espírita de Uberaba (Minas Gerais) relató también en su libro** *Novos Rumos à Medicina*, **los casos tratados y fichados en aquel hospital. El Dr. Adolfo Bezerra de Menezes, de Río, publicó varios trabajos al respecto. En cualquiera de los 32 Hospitales Espíritas del Estado de São Paulo quienes tengan interés pueden obtener comprobaciones científicas acerca de esos casos.**

Las pesquisas actuales de la Parapsicología, en los principales centros hospitalarios y universitarios del mundo, han acabado por vencer la resistencia obstinada y llena de prejuicios de los medios científicos. El

Dr. John Herenwald, en su libro *Telepatía O Relaciones Interpersonales*, **relata casos altamente significativos de tratamientos en su clínica londinense. Herenwald se refiere en especial a los casos de influencias entre personas vivas, en los cuales se hace más natural y más objetivo (al gusto del siglo) el proceso psicodinámico de esas influencias mentales.**

El desarrollo de las investigaciones parapsicológicas en la URSS llevó al Dr. Vladímir Raikov, de la Universidad de Moscú, a instalar en ella las pesquisas parapsicológicas sobre la reencarnación, bajo la designación preventiva de "reencarnaciones sugestivas", que sirvió de título, más tarde, al famoso libro del Dr. Ian Stevenson, del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de California. En Rumanía, para esquivarse de problemas con el Estado y franquear la barrera de los prejuicios materialistas, los científicos interesados en la cuestión cambiaron el nombre, de Parapsicología a Psicotrónica. Quedó así definido el *Psychic-Boom* **actual, la explosión psíquica en el mundo, como definió el fenómeno la Enciclopedia Británica en su suplemento de Ciencias, como realidad evidente de nuestro siglo. Los psicólogos y psiquiatras que se encogen de hombros ante ese hecho innegablemente científico en el campo de sus especialidades, cometen simplemente una omisión peligrosa, tanto para sí mismos como y principalmente para sus clientes. Kardec demostró en sus pesquisas, con innegable criterio científico, en una línea lógica impecable, que el comportamiento humano depende no solo de nuestro equilibrio, sino además de las influencias diversas que nos afectan, y particularmente de la acción, sobre nosotros de las entidades, invisibles, pero perfectamente detectables, con las cuales convivimos. Lo único que consiguieron los científicos de entonces, que como exponentes de la Ciencia en el siglo XIX se movilizaron para combatirlo y hacerlo callar – como en el caso histórico de la Sociedad Dialéctica de Londres y en el caso personal de William Crookes –, fue confirmar sus descubrimientos. La Iglesia movilizó sus recursos poderosos para ridiculizar al investigador honesto, marginar la Ciencia Espírita, hacerla odiada y repudiada en el medio cultural, pero Kardec no retrocedió. Ante su firmeza y las pruebas crecientes que se acumulaban a través de incesantes pesquisas, otros numerosos científicos lo socorrieron en el sostenimiento de la verdad espírita. Lo acribillaron a calumnias viles, hasta hoy lanzadas aún contra su memoria impoluta, y a todos él contestó con la clareza lógica de un sabio. Él mismo denunció valerosamente que la Inquisición aún encendía sus hogueras. Fue quemada su efigie en la hoguera de sus obras en Barcelona y escribió: "La Inquisición no ha pasado, arrastra todavía su cola en España". De toda la tremenda movilización contra él nada más resta que argumentaciones vacías, mentiras, calumnias – sin una única contra-prueba, arrancada por un único científico que fuese, a pesquisas serias y honorables. Las Ciencias posteriores, tal como asistimos ahora en nuestros días, han confirmado de manera plena el acierto y la verdad del trabajo doloroso e irreductible del maestro, abriendo nuevas perspectivas al respecto y, lo que más le honra – siguiendo rigurosamente, sin intención ni conocimiento, el esquema y los métodos por él establecidos. Ninguno de los principios de la Ciencia Espírita, por él fundada y desarrollada – ni uno solo de esos principios y de esas leyes fue siquiera estremecido por el asombroso avance de la Ciencias en este siglo de profundas renovaciones. ¿Cuál el Genio de la Ciencia que podría compararse con él en ese sentido? ¿Cuál la razón**

objetiva, científicamente demostrada, en que se apoyan aún hoy sus adversarios, en general completamente ignorantes respecto de la Ciencia Espírita? ¿Cuál la razón racional, fundada en hechos, en pruebas irrefutables, en que se apoyan hoy los contradictores gratuitos y fútiles de Kardec para rechazarlo en los medios culturales y científicos? Y ¿cómo, ante esto, pueden los psicólogos y psiquiatras, los terapeutas psíquicos de hoy, rechazar livianamente la verdad demostrada, para someter a sus clientes a experiencias torturantes y peligrosas, y además sin resultados?

El vampirismo ahí está, envilecedor, diezmando generaciones en el fuego de Moloch; y sacerdotes cristianos – mal formados en Teología, esa pretenciosa Ciencia de Dios – cuya quiebra humana ha llegado a su fin inevitable, sustituyen en los servicios al dios hambriento, en sustitución voluntaria, de sus sacerdotes que el tiempo y la Historia han hecho desaparecer.

¿Cómo pueden hablar de comportamiento humano los que así se comportan en esta hora decisiva del mundo?

En 1935 moría Richet, entregando a sus discípulos de la Escuela de Medicina de París su testamento científico: el *Tratado de Metapsíquica*, **en cuyas páginas iniciales presta reverente homenaje a Kardec. La prensa anunció a bombo y platillo en todo el mundo que la última palada de tierra sobre el cuerpo inerte del gran fisiólogo enterraba también, para siempre, las falacias metapsíquicas y espíritas. Fue un desahogo mundial. En lo sucesivo, nadie más hablaría de espíritus ni fantasmas. La cuestión estaba muerta y enterrada. No sabían, empero, esos celebradores de la muerte, que cinco años antes, precisamente en 1930, en la Universidad de Duke, en los Estados Unidos, Rhine y McDougall ya habían fundado la Parapsicología, basada en el mismo esquema y siguiendo la misma línea metodológica de Kardec, y con sus mismos objetivos. Los fantasmas habían vuelto al medio científico antes del entierro de Richet, y ahora sirviéndose de los recursos nuevos de la Tecnología. En 1940 los maníacos de Fuke proclamaban los primeros resultados positivos de sus nuevas investigaciones en la línea kardeciana. Hoy la Ciencia Espírita desafía a los científicos en la propia URSS, en las entrañas ideológicas de la más grande y más poderosa fortaleza del Materialismo agonizante, que murió asfixiado en manos de los físicos, como acentuó Einstein. ¿No pesa todo eso en nuestra cultura sensorial y sin discernimiento? ¿Nada significa? Los terapeutas del psiquismo ¿no perciben que la vergüenza del caso Pasteur amenaza aplastarlos en las prensas de la Historia, en el amanecer de la Era Cósmica?**

Después de los estudios de Bethrev y Pavlov en Rusia, puramente fisiológicos, seguidos de las pesquisas con la rata en el laberinto, de Watson, en los Estados Unidos, tuvimos la aparición de la Psicología Sin Alma, que resultó en la Psicología-Ecología-Sociológica de nuestros días, denunciada y criticada por Rhine. El Behaviorismo o Conductismo (Psicología de la Conducta) se desviaba del alma y negaba el pensamiento. Fue un guirigay y Watson, al menos, logró enriquecerse con las exhibiciones de las habilidades de la rata. El hombre se integraba en la concepción cartesiana del *animal-máquina* **a que Descartes se apegaba en sus luchas contra los teólogos. La felicidad ingenua, infantil, que esa psicología proporcionaba al hombre moderno, liberto de los temores del pos-muerte, provocó una euforia mundial. Los fantasmas eran pura**

fantasía. La Física Trascendental de Friedrich Mlner, un juego de ilusionismo en la inmanencia. La Tierra era el mejor de los mundos, en la concepción consoladora de Pangloss. Se vivía en ese mundillo pasajero como Adán y Eva en el Edén. Se comía y se bebía, se divertía y se moría para una eternidad placenteramente vacía. La muerte era la nada total y absoluta que Sartre proclamaría. Nada de preocupaciones trascendentales. Viviríamos como libélulas de alas translúcidas y leve cuerpecillo de insecto. Vivir, he aquí todo lo que se tenía que hacer. El comportamiento humano no tenía secretos ni opciones. No obstante, para romper esa euforia de ratoncillos (siempre aparecen los aguafiestas), surgió en Viena un judío nebuloso que fabricaba un alma artificial para el hombre, con tres piezas distintas en una sola alma verdadera; el consciente, el subconsciente y el inconsciente. Sigmund Freud traía aún en su ratonera un bando de fantasmas complejos, con nombres griegos. Frío y analítico, atribuía todas las perturbaciones humanas a la libido y hacía descarada competencia a los padres confesores, quitando clientela de los confesonarios para las butacas y divanes de las clínicas psicoanalíticas. Las ratas empezaron a desaparecer del mercado y fueron sustituidas por introyecciones y complejos. Se descubrió que el hombre no era más que un judío acomplejado por el moralismo desesperante de los rabinos del Templo de Jerusalén. No se podía ya negar el alma, pero se demostraba que su tranquilidad, buen sentido y buena conducta dependían exclusivamente de la libertad sexual. Estaban abiertas para la Humanidad las compuertas salvadoras de la libertad sexual y la población mundial empezó a crecer con tal rapidez que el propio Freud quedó aterrado. La salvación, ahora, estaba en los anticonceptivos. La talidomida empezó a engendrar monstruos, el libertinaje dominó las naciones y el Dr. Freud pasó de héroe a villano, acusado de subversivo y destructor de la paz mundial. Para reajustar el mundo conturbado, Hitler descubrió que había razas inferiores y superiores en la Tierra, que perros no pueden aparearse con ratas, por eso lo mejor era exterminar por la guerra total a las razas inferiores, entre las cuales, solo por inquina, incluyó a la judaica. Lo que ocurrió después todo el mundo lo sabe.

Todo esto dio lugar a que muchos vampiros que habían quedado olvidados pudiesen actuar, sin freno y sin ser percibidos, sobre toda la masa humana.

No se puede querer mayor demostración de las incongruencias del comportamiento humano que en una visión panorámica de la Historia Contemporánea. Ahora se piensa en construir ciudades en embudos de aluminio en el espacio sideral, mientras la Astronáutica descubre caminos para una huida en masa de la Humanidad para Marte u otro planeta disponible.

¿Cuál será nuestro futuro en lo que a comportamiento se refiere? Hay muchas hipótesis al respecto, pero nadie contempla la posibilidad de comportarnos como espíritus, aquí mismo en la Tierra, ayudando a los vampiros a reconocer que también son espíritus.

V — LOS VAMPIROS SAGRADOS

Quien habla de vampiros enseguida recuerda la sangre. Y con razón, puesto que es el vínculo entre vampiro-murciélago, sangre-sexo y muerte, estructurado en una cadena ideo-afectiva de asociación de mitos desde la más remota antigüedad. Las relaciones, tan conocidas, estudiadas y pesquisadas entre misticismo y sexo han revelado claramente la dinámica genésica de ese proceso alucinante. Es fácil imaginar el aturdimiento de los hombres primitivos, en sus luchas en la selva, ante los misterios y amenazas de la Naturaleza y la explosión de sus instintos en su propio cuerpo, desencadenando en su mente y en su psiquismo tempestades de imágenes contradictorias, fascinaciones, deseos y repulsas. En ese caos genésico él percibía, como elementos fecundantes, el flujo de la sangre en sus heridas y en las heridas de la caza, los animales sorbedores de sangre, el derramamiento de sangre de la mujer para el nacimiento de los hijos y la muerte producida en los animales y en los hombres por el borbotar de la sangre al impacto de las flechas, de los garrotes o de las lanzas en la carne animal humana. En la variedad caótica de las cosas y seres que lo rodeaban, él se encerraba en el cubil psicológico de las sensaciones y de los datos más próximos que le tocaban la piel, para formar instintivamente su visión del mundo. La intuición del orden natural, conjugada con el desarrollo del animismo antropomórfico que proyectaba en la realidad confusa, permitiéndole estructurar el caos según su propia estructura humana, despertaba en su mente la idea de poderes superiores y ordenadores del mundo.

Las civilizaciones fálicas de la más remota Antigüedad, como la sumeria, atestiguan la validez de esos procesos genésicos de la especie humana. El sexo representaba el poder creador, la sangre consubstanciaba el poder vital, los animales voraces mostraban que dependían de la sangre y de la carne para sobrevivir, la muerte del animal y del hombre extinguía la sangre y la reducía a coágulos inertes. De ese conjunto de impresiones poderosas nacieron las primeras formas de las civilizaciones mágicas, y fue siempre el vampiro ahuyentado por el fuego y el humo, o evocado y alabado por humo y fuego. Por eso, el rayo que incendiaba los bosques confirmaba la existencia de un Ser Supremo, actuando ostensivamente sobre la vida de todos los seres y de todas las cosas. Ese *Mago* **complejo y aterrador es el** *Arquetipo* **determinante de todo el comportamiento humano, en todas las Civilizaciones, hasta nuestros días. De él emanan las fuerzas que nos ponen en movimiento en el escenario del Mundo, de la dialéctica de la vida y de la muerte.**

Intentemos ver cómo se procesa. La vida fluye de la sangre y el alma está en la sangre, según la Biblia y las más antiguas concepciones del hombre. La sangre es el poder que nos mantiene vivos y ligados a toda la realidad vital. Vivos, pertenecemos a la Tierra, participamos de ella y en ella sufrimos y gozamos de todos sus bienes. Todos los males desaparecen mientras la vida predomina en nosotros. Pero basta una breve perturbación, un desequilibrio orgánico, una gran contrariedad, para que los bienes terrenos pierdan el valor habitual que les damos. En tales momentos, la más feliz criatura, la más apegada a la Tierra, siente el anhelo de una vida superior y no raramente percibe que vivimos como huéspedes en un mundo extraño. Bastaría con eso para hacernos ver que necesitamos un condicionamiento especial para la vida terrena. La

hipnosis de los placeres y de las satisfacciones efímeras se debilita y volvemos los ojos hacia lo Alto. Los recios frenos de la vida nos revelan su dureza y ansiamos por la trascendencia, sustituyendo el apego a la vida por la búsqueda existencial. Y en la sucesión de esos momentos nos preparamos para liberarnos de las ilusiones condicionantes. Si no escuchamos la llamada de las hipóstasis superiores en que vuelan las almas viajeras de Plotino, aceptaremos fácilmente la teoría desoladora de Sartre: "El hombre es una frustración".

Un poco de reflexión bastaría entonces para que viésemos, de manera clara y evidente, el sentido dialéctico de la vida terrena, en que el mal nos acosa para llevarnos al Bien, para liberarnos de las garras de la angustia, impropiamente llamada existencial. Pero estamos enviciados en la futilidad, en la satisfacción de los placeres fáciles, sentimos la añoranza aguda de los llamados *momentos felices*, **de la euforia de los sentidos engañadores, y, atraídos por el pasado reciente, intentamos volver a las condiciones perdidas, al falso Edén de donde fuimos expulsados por la ignorancia de que la Serpiente se vale para impedirnos llegar, después, al Árbol de la Sabiduría. Los vampiros caen entonces sobre nosotros y nos atrapan nuevamente en sus garras y bocas voraces. No obstante, no fueron ellos los que nos conquistaron, fuimos nosotros mismos quienes nos entregamos, y la fuerza y el poder con que ellos nos dominan no son suyos, sino nuestros.**

Viviendo en el plano extra-físico, los vampiros actúan más sobre nosotros por inducción mental y afectiva. Nos inducen a hacer lo que ellos desean pero no pueden hacer por sí mismos. Podemos resistirnos a esas inducciones y hacerles alejarse de nuestro ambiente, simplemente rehusando atenderlos. Pero si aceptamos viciosamente sus órdenes, acaban por dominarnos. Así nos convertimos en siervos y comparsas suyos y establecemos con ellos fuertes vínculos afectivos y sensoriales o mentales. Cuanto más los obedecemos, más sumisos nos hacemos. Los vampirizados que se quejan de falta de fuerza para resistirse a ellos se mienten a sí mismos. La resistencia al vampiro es un momento decisivo de nuestra vida. En ese momento es cuando se revela en la práctica nuestro libre albedrío, nuestra libertad individual, nuestra capacidad de querer y hacer. Los psiquiatras que "resuelven" un caso de homosexualidad convenciendo a la víctima de que ese es su destino se hacen cómplices de las consecuencias de ese acto de ignorancia y de arrogancia. Los que sobrecargan a las víctimas con pesadas dosis de psicotrópicos violentos, neutralizando su capacidad de reacción, son auxiliares inconscientes del vampirismo. Desarman al enfermo frente al verdugo, rompen las últimas barreras de su voluntad y con ello sus últimas esperanzas de liberación. Nuestra voluntad es siempre más fuerte de lo que suponemos, pero nunca sabremos cuánto puede y vale, si no la ponemos en acción.

Aparte de los psicoterapeutas, los vampirizados cuentan además con una nueva clase de ayudantes de los vampiros: los falsos parapsicólogos y sacerdotes de psicologización, que en sus clínicas bastardas papa-dineros agotan las energías, las esperanzas y las economías de los consultantes y de sus familias. Es curiosa la preferencia de los clérigos por esa forma específica de clínica de la histeria, trastornos de la afectividad y todo el cortejo de perturbaciones provenientes de las abstinencias forzadas que

ellos mismos imponen, desde hace al menos dos milenios, a las generaciones momificadas en la moral de los burgos medievales.

Aldous Huxley, en Los Demonios de Laudan y en El Genio y la Diosa, estudia, respectivamente, el famoso caso de Madre Juana de los Ángeles en Francia, donde el vampirismo andaba suelto a sus anchas por el convento, y Victoria en Inglaterra, poniendo al descubierto la hipocresía de las virtudes enjauladas y del moralismo formal, origen de conflictos insanables. No hay mejor plato para los vampiros que los preparados por los enguantados cocineros de Sus Majestades y de las recatadas cocineras de Sus Santidades.

Quizá a causa de esas preferencias, ambas palacianas, encontramos con frecuencia en la Historia del Vampirismo la curiosa clase de los Vampiros Sagrados. En la descendencia sacerdotal de los cultos mitológicos de la Antigüedad, el caso más evidente es el de Yavé, Dios de los Judíos que dio a su pueblo el derecho de abatir y devorar animales, pero con la condición divina de no beber su sangre, que Dios había reservado exclusivamente para sus banquetes privados, y la condición humana de poblar toda la Tierra en proliferación incesante, abarrotándola de carne y sangre. Las condiciones han sido cumplidas. Los judíos hasta hoy solo comen carne proveniente de mataderos rituales en que la sangre de las víctimas queda reservada para el vampiro sagrado. La proliferación fue incesante y hoy tenemos la Tierra superpoblada, con más de cinco billones de criaturas ingenuas a la espera del corte, que es tan incesante como el de las reses y similares, en todas las naciones. Por mayor que sea la voracidad de Yavé, no ha logrado consumir, tal como deseaba, toda la sangre derramada en la Tierra.

Los vampiros sagrados se han esmerado en prácticas para sorber la sangre humana y la de los animales. En la Edad Media los propios sacerdotes inventaron técnicas especiales para dar consumo a los ríos de sangre que entonces sustituyeron a los ríos líricos de leche y miel de Canaán. La sangre excedente de las vírgenes fue muy útil en las prácticas de Goecia o Magia Negra con que los clérigos, en los tableros de ajedrez de la política eclesiástica, bebían de las vírgenes sacrificadas, y devoraban sin piedad a reinas y reyes, príncipes y obispos, en los encontronazos con los peones de las caballerías del reino. En su investigación en los propios archivos del Vaticano, revisando antiguos procesos de brujería, Albert De Rochas constató la extensión y profundidad de esas prácticas en las luchas de los clérigos contra reyes y príncipes. Esa obra en que De Rochas, director del Instituto Politécnico de París, recuerda acontecimientos asombrosos, está publicada entre nosotros con el título de *A Feitiçaria*, **en buena traducción de Júlio Abreu Filho.**

En el mundo mitológico el vampirismo, como desarrollo de los tiempos primitivos, siempre apoyado en los mitos de la sangre, presenta en Egipto, en la Mesopotamia, en todo el Fértil Creciente Oriental, hasta las civilizaciones pre-racionales de griegos y romanos, un vasto panel de vampiros sagrados, sorbedores de sangre y energías vitales. En el culto de Vesta, en Roma, en el cual se adoraba el Fuego Sagrado, las vestales se iniciaban en los ritos de la virginidad, provenientes, según parece, de la Persia zoroástrica. Las vestales permanecían vírgenes hasta los treinta años, según Benet Sanglé. Después de esa edad podían retirarse del servicio divino y casarse. Si fuesen violadas antes de esa edad, serían

enterradas vivas, para desagravio de la diosa a que se habían dedicado. Todos los ritos de la sangre implicaban sanciones crueles para los transgresores, lógicamente determinadas por la naturaleza sagrada de la sangre y por el sentido trágico de la larguísima tradición. En Canaán, antes de la bárbara conquista judaica, solo comparable en atrocidades a la locura nazi en Europa, los vampiros sagrados, por lo regular sacerdotes, habían suavizado esa brutalidad con el empleo simbólico del vino y del pan, en lugar de la sangre y de la carne. Esa es la simbología agraria y pastoril usada en las celebraciones de las siegas y de las cosechas. Canaán, en su estructura pre-feudal, dominada por las lides del campo, había alcanzado un grado de civilización piadosa cuando la conquista judaica la sumergió violentamente en la sangre de sus hijos.

La cena cananea se refleja en los relatos evangélicos en la cena judaica, en la cual Jesús convierte su propia carne en pan y su sangre en vino. La cena memorial de los cristianos aún hoy recuerda esa transición feliz de la sangre en vino que regó las Bodas de Caná. Pero en el Cristianismo Medieval lo que imperó fue el rito de la sangre, aterrorizando a los creyentes con el misterio de la transubstanciación del cuerpo sacrificado y la sangre de Cristo en las especies sagradas.

El episodio evangélico de la matanza de los inocentes en Belén de Judá por orden de Herodes el Grande, marca simbólicamente la Era Cristiana en su inicio histórico (mejor diremos: prehistórico) con las manos ensangrentadas del vampirismo sagrado de judíos y cristianos. Después de la fijación de ese mito sangriento y brutal en los Evangelios, se desarrolla toda la tragedia cristiana en ritmo de vampirismo griego, mitológico e histórico, en el cual Atenas y Esparta se conjugan sorbiendo la sangre de los pueblos vecinos para engrandecerse, llevando a la Roma de los Césares la sangría sistemática de los pueblos dominados para su enriquecimiento y el aumento constante de su poder. Son vampiros sagrados los Emperadores Ungidos, y su herencia vampírica contagiará el Imperio Cristiano de los Papas, que hará de la sangre de las sectas cristianas sacrificadas, el alimento de sus pompas y grandezas futuras. "Todo se encadena en el Universo", postuló Kardec, y el encadenamiento del vampirismo ha quedado marcado en la faz del planeta con sangre y fuego. Tagore observó, en *La Religión del Hombre*, **el sentido antropofágico del Mundo Moderno, recordando que vivimos de procesos vampíricos de succión de la sangre y de las energías vitales de otros. La explotación del hombre por el hombre es un proceso vampírico y es ese proceso lo que traza en grabaciones de fuego y sangre el perfil de nuestro tiempo para civilizaciones futuras. Todas nuestras justificativas para esta situación mundial vampírica servirán únicamente para acentuar, ante el futuro, los rasgos feroces de la faz reflejada en el siglo de la violencia, de la sagacidad codiciosa, del egoísmo y del sociocentrismo virulento. El propio amor, ese toque de Dios en el corazón del hombre, no aparecerá en ese contexto horrendo como en la forma clásica de los amores alados, del ingenuo Cupido asaetando los corazones con flechas invisibles, sino como la figura trágica de las Gorgonas, y más particularmente de la Medusa, con su cabellera de serpientes. Y esa es la figura real de nuestro siglo, que con cada conquista en la senda del progreso hace un retroceso a los infiernos. ¿Puede un psicólogo, un psiquiatra, un psicoterapeuta de cualquier escuela, ignorar todo esto, dando la espalda a los monstruosos orígenes de**

los males que procura enfrentar en su consultorio o en su clínica? Las raíces del hombre, como advertía Jung, están en las raíces del mundo, en las entrañas del planeta. Los vampiros legendarios de las películas de terror son únicamente caricaturas de los vampiros reales que enjambran en nuestro tiempo a semejanza de las abejas africanas, que producen más que las otras, pero siembran el terror y la muerte a su alrededor. Que las Universidades inscriban el Vampirismo en sus currículos mientras es tiempo, curándose de la alergia al futuro denunciada por Remy Chauvin. Aceptemos el reto de la Historia.

Kardec se admiraba, a mediados del siglo pasado, de la liviandad de los sabios que arremetían contra sus investigaciones y procuraban ridiculizarlo con argumentos pueriles. Richet se vio cubierto de ironías por haber tenido el valor de demostrar la existencia del ectoplasma y Crawford acusado de imbécil – él, que era catedrático de mecánica en Belfast – por el crimen de revelar, mediante experiencias rigurosas, la mecánica de las palancas de ectoplasma. William Crookes, por admirar la belleza del espíritu materializado de Kate King, fue considerado como un vejete senil que se había enamorado de la médium Florence Cook. Llamaron a Houdini, el mago profesional, para desenmascarar a los mayores científicos de aquella época y prefirieron el dogma católico de la transubstanciación a la realidad evidente de las formaciones ectoplásmicas. La Ciencia prefería declararse en quiebra ante los fenómenos paranormales, que hoy están definitivamente demostrados en todo el mundo, sirviendo, en manos de los indoctos, para trapacerías y chantajes de toda especie. No bastó ese fracaso científico, esa bancarrota de los métodos experimentales con sus consecuencias envilecedoras, para despertar de la modorra a los científicos, y a los profesionales de formación científica, de su extraña alergia al futuro.

Los murciélagos aprecian la penumbra y la soledad de las torres, en las iglesias y en las catedrales. En las metrópolis del mundo actual ellos escapan por la noche de sus madrigueras sagradas y a veces invaden los apartamentos de lujo de los rascacielos más cercanos. No obstante, los vampiros, que salen de los escondrijos psíquicos de las torres de la ignorancia ilustrada, e invaden los apartamentos de lujo de los cuadros universitarios, y bajan a los tugurios de la ignorancia pobretona, estimulan el mercado espurio de las clínicas elegantes, e incluso de los antros de la charlatanería más descarada. Ante la desvalorización de los dogmas iglesieros, los clérigos más astutos se bandean hacia el lado científico, alborozados con las nuevas perspectivas del mercado rentable de las curaciones paranormales. Es una recua de aventureros laicos que acompaña la falange de vampiros. ¿Dónde están, en qué antros se escondieron los bravos defensores del patrimonio científico de la Humanidad, arduamente conquistado en los últimos siglos al precio de sacrificios y riesgos de toda clase? Encubiertos por las inmunidades religiosas o por los portadores de inmunidades universitarias (vampiros que les sorben los lucros ilícitos e incluso el prestigio popular), ciertos charlatanes atrevidos se presentan en programas de televisión o en periódicos y revistas que estúpidamente los lanzan y popularizan. Esa situación típicamente vampírica impide el desarrollo científico de las pesquisas serias, desinteresadas, entre nosotros y en los países de condiciones culturales aún inseguras.

El vampirismo religioso se basa en presupuestos del pasado místico, fundados en revelaciones proféticas. John Murphy, en su libro *Origines et Historie Des Religions*, **estudia el desarrollo de la Era Profética en el Mundo Antiguo como transición de la fase mitológica a la racional. El conocimiento mitológico es una fabulación simbólica adaptada a un mundo de experiencias no suficientemente asimiladas. Para dar alguna seguridad y garantía de validez a las estructuras del saber místico, se fundan las religiones reveladas por el autoritarismo absorbente de los profetas, en una red de suposiciones en su mayoría inconsistentes. Ese es el paraíso del vampirismo sagrado y humano, en el cual la realidad se amolda a las conveniencias y a la autoridad sagrada de las religiones. El ejemplo más presente de ese proceso en nuestro tiempo es el de la deformación completa del Cristianismo, que abandonó el Reino de Dios por los Reinos de la Tierra, hasta el punto de insertarse en la estructura política del mundo como un Estado, imitación caricaturesca del Imperio de los Césares abatido por los bárbaros.**

Ernst Cassirer, en *La Tragedia de la Cultura*, **compara la sistemática religiosa y filosófica con el lecho de Procusto, bandido legendario de Ática, que ajustaba sus víctimas a un lecho de hierro, cortándoles las piernas cuando excedían de la medida. La Era Científica debía haber desterrado a Procusto, pero en realidad todavía emplea su lecho, mutilando los acontecimientos empíricos de la realidad para integrarlos en los sistemas teóricos. Esto revela claramente la tendencia acomodaticia de los hombres en defensa de sus presupuestos alienantes. Pero tenemos hoy en el campo de la psicoterapia métodos más perfeccionados del bandidismo ático, que nos permiten deformar el cuerpo y el alma de las víctimas mediante sofismas sobre el concepto de normalidad y anormalidad. Los romanos, menos exigentes, prefieren ametrallar las piernas de los adversarios para retenerlos en sus propios lechos o camas de hierro. Los psicoterapeutas son más generosos: conceden a sus consultantes anormales el albarán de ingreso en el libertinaje del siglo, en nombre de la Ciencia. No obstante, en el fondo el proceso es el mismo de Procusto. No encontrando la cura para los anormales, consiguen amoldarlos a la anormalidad, entregándolos libremente a la vampirización. Es una capitulación cobarde.**

Centrando toda su atención en la realidad objetiva, los sabios modernos se han entregado a la hipnosis de la materia, ese aspecto específico de las energías gravitacionales que actúa sobre el psiquismo. Así hipnotizados, con los ojos fijos en el torbellino de las estructuras materiales, atómicas y subatómicas, se han dejado entusiasmar y absorber por la atracción plotiniana que imanta el hombre al suelo. Kardec ya había afirmado: "La materia es el engrudo que prende el espíritu". El vampirismo sagrado reveló en la Antigüedad el poder de esa imantación en el apego de los dioses mitológicos a la condición humana carnal. En la Edad Media, dominada por el poder absoluto de la Iglesia, el misticismo favoreció las manifestaciones vampíricas en los conventos y monasterios, con el episodio de los *íncubos* **y** *súcubos*, **demonios sensuales que atormentaban a frailes y monjas, en la supuesta santidad de los monasterios y conventos, no raramente llevándolos a la locura, al suplicio de las flagelaciones y de las prácticas de exorcismo. Y todavía hoy, en el mundo entero, el flagelo del vampirismo ronda y devasta los campos minados del misticismo religioso, donde residuos de la formación iglesiera superan el racionalismo**

doctrinario. Intentando someter las fuerzas biológicas, muchas criaturas, ingenuas y pretenciosas al mismo tiempo, caen vencidas y desesperadas en las garras de las entidades vampíricas, pagando caro su pretensión de elevarse antes de tiempo a las situaciones superiores de la condición de ángeles.

VI — APPORT Y ENDOPPORT

En la variedad de las manifestaciones del vampirismo figuran los fenómenos de apport y de endopport, ambos respectivamente clasificados por la Parapsicología como de psi-kappa, y como de efectos físicos por el Espiritismo. El Apport es el fenómeno de introducción de objetos en lugares cerrados o en muebles cerrados. Una flor, una silla, una piedra pueden ser transportadas para una sala totalmente cerrada y sin ninguna rendija por la cual dicho objeto pudiese pasar. William Crookes, que no creía en esa posibilidad, desafió a los espíritus a hacer cosa mucho más sencilla: bajar el platillo de una balanza lacrada de laboratorio. Pero en la prosecución de sus pesquisas, vio y constató la veracidad del fenómeno con objetos más grandes y a menudo bastante pesados, tal como relata en su libro *Hechos Espíritas*. **En las actuales investigaciones de la Parapsicología, esos fenómenos, considerados de acción directa de la mente sobre la materia, fueron y siguen siendo producidos, como en los experimentos de Soal y Carington, en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Cuerpos humanos pueden también ser transportados de un lugar a otro, sin que se perciba por dónde pasaron. Los espíritus vampiros se sirven de ese fenómeno para asustar o amedrentar a sus víctimas. El Prof. Zöllner relata sus experimentos con esos fenómenos en la Universidad de Leipzig, en su libro famoso** *Física Trascendental*. **Los investigadores de la Universidad de Kírov, en la URSS, constataron y explicaron la mecánica de tales fenómenos como producidos por emisiones de corrientes energéticas del cuerpo bioplasmático (periespíritu) del médium. Está así perfectamente confirmada en el mundo la existencia del fenómeno de apport pese a las objeciones levantadas por parapsicólogos materialistas y católicos, inclusive los clérigos no científicos que se proyectaron entre nosotros como pseudo-científicos.**

El fenómeno de endopport es más complejo, pues se refiere a la introducción de objetos en los cuerpos humanos. Ese fenómeno aún no ha tenido una explicación científica suficientemente comprobada por experimentos de laboratorio. Encarado con desconfianza en el propio medio espírita, solo últimamente viene despertando, por la multiplicación actual de los casos, la atención de los estudiosos e investigadores espíritas. Ha contribuido mucho para ese desinterés el hecho de que el endopport está considerado en la medicina psiquiátrica como un simple acto de autoflagelación. No obstante, los casos últimamente observados contrarían las interpretaciones superficiales y apresuradas (o incluso de mala voluntad) de las corrientes psicoterapeutas. Está íntimamente ligado a los casos de vampirismo y los observadores espíritas lo consideran un fenómeno bifronte, que puede ser de autoflagelación en algunos casos y de efectos físicos en otros. E incluso en los casos de posible autoflagelación es admisible la interferencia del vampirismo en sus manifestaciones. Por otra parte, hay evidente e íntima correlación entre los casos de apport y los fenómenos de curaciones paranormales y operaciones mediúmnicas del tipo de magia simpática o simpatética.

Los casos de autoflagelación resultante de trastornos psíquicos de la víctima, implicarían la acción consciente o inconsciente de ésta, introduciéndose ella misma los objetos en su cuerpo. Favorece esta interpretación el hecho de que por lo regular son de fácil introducción en el cuerpo objetos tales como agujas, pequeños hilos de alambre, pequeños

estiletes de madera o metal, siempre en una disposición que favorece la operación por la propia víctima, o casi siempre en partes del cuerpo que no ofrecen posibilidades de causar daños como mutilaciones, deformaciones o muerte del paciente. Pese a todo, esos cuidados pueden también ser adoptados por los vampiros flageladores, que no pretenden matar a la víctima, sino simplemente torturarla.

En los casos de operaciones de curaciones simpatéticas, como los ocurridos con la médium Bernarda Torrúbio, en Garça, en la Alta Paulista, observados por médicos de Marília, o los ocurridos con José Arigó, en Congonhas do Campo, observados por numerosos cirujanos de Río, de São Paulo y del exterior, (como el equipo de científicos norteamericanos que llevó a cabo pesquisas sobre las facultades del médium, comprobándolas), se verificaron transposiciones del operado para el médium, que vomitaba (el médium, y no el paciente operado) los residuos de la intervención quirúrgica invisible, constatándose posteriormente la eficacia de la operación. (Véase el estudio de nuestra autoría, *"Arigó, Vida, Mediumnidad y Martirio"*, **donde el Caso Arigó fue examinado en todos sus aspectos, desde el psicológico, el social, el mesológico, el psicopatológico, el mediúmnico, hasta las implicaciones antropológicas y espirituales).**

Parece evidente que, habiéndose demostrado en pesquisas diversas y experimentos en el lugar, a que se sometieron incluso un científico norteamericano operado por el médium, un científico suizo y un famoso héroe de guerra japonés (caso registrado por videotape de la televisión de Tokio y en ella exhibido en Japón) queda evidenciada la posibilidad del fenómeno de endopport en la acción vampírica. Son asimismo de gran valor probatorio las entrevistas de médicos cirujanos de São Paulo y de Río, entre ellos profesores universitarios de Medicina, publicadas en los "Diários Associados" en todo el Brasil, reproducidas en el libro citado de nuestra autoría, y en el exterior.

En nuestras pesquisas, llevadas a cabo en Congonhas, y en las observaciones de convivencia con el médium en períodos que variaron de una semana a quince días cada vez – la más de las veces hospedándonos en la propia vivienda del médium – pudimos observar intensamente las actividades de su vida diaria, interpelarlo a menudo y observar sus actividades quirúrgicas con más de cien pacientes.

La cirugía simpatética de Arigó, como la de la médium Bernarda Torrúbio se procesaba de manera simple, por medio de incorporación mediúmnica e imposición de las manos, sin toque en el paciente. Éste sentía arcadas, dolores leves y, cuando se suponía que iba a vomitar, era el médium quien vomitaba los residuos de la operación. En ese extraño proceso es evidente que había transposición de los residuos del organismo del paciente operado para el estómago del médium, que los vomitaba. La realidad de este hecho, en el cual hemos observado en cada operación la evidencia de una doble acción de endopport, en el paciente y en el médium, nos revela la posibilidad de la introducción de objetos en el cuerpo de una persona por parte de entidades vampíricas. El endopport, como hemos visto, es un tipo de fenómeno mediúmnico que abre vastas perspectivas en el campo de la cirugía paranormal. Como todos los fenómenos mediúmnicos no sirve únicamente a la acción vampírica, sino además y sobre todo, a la cirugía mediúmnica. El desarrollo de las investigaciones espíritas en ese campo podrá confirmar lo que declaraba el Dr. Sérgio

Valle, de São Paulo, en su entrevista publicada en los "Diários Associados" y reproducida con su autorización en nuestro libro sobre Arigó: Arigó emplea en sus trabajos mediúmnicos una súper-medicina". Cirujano oftalmólogo de renombre, con tesis científicas publicadas en el Brasil y en el exterior, especialista en Hipnotismo y sus aplicaciones clínicas, el añorado Dr. Sérgio Valle, que estudió al médium en Congonhas, Minas Gerais, repelió las acusaciones de que Arigó empleaba la hipnosis para anestesiar a los pacientes, demostrando técnicamente la imposibilidad de que pudiese emplear esa práctica un hombre rústico y absolutamente profano en la cuestión. Los científicos norteamericanos que investigaron al médium llegaron también a esa conclusión, sin haber conocido la opinión del médico paulista.

Los casos de fenómenos de endopport eran antiguamente tan raros que por lo regular no aparecen en los libros de estudios mediúmnicos. Recientemente empezaron a incrementarse de modo a causar sorpresa en el propio medio espírita. La persistencia de estos fenómenos y su aparente resistencia a las prácticas espíritas de combate al vampirismo, han llegado a amedrentar a muchas personas. Hay casos tratados durante 10, 15 y más años, sin que se haya obtenido solución. Las víctimas son consideradas auto-flageladores y el caso interesa poco a los clínicos que se cansan de tratarlos sin resultados. Los investigadores espíritas han descubierto, no obstante, que se trata de vampirismo altamente agresivo. Desarrollan así una técnica mediúmnica de adoctrinamiento, coadyuvada con pases y estímulos a las víctimas para que reaccionen con comprensión ante las agresiones y los agresores. La evangelización es parte fundamental de la terapia, pues todos los indicios llevan a pensar que la agresión trae causa del pasado, de vidas anteriores en que las personas hoy alcanzadas practicaron atrocidades contra los espíritus que desean vengarse en el presente. Como enseñaba Kardec: "El proverbio popular según el cual muerto el perro se acabó la rabia, no se adapta a los hombres". Las víctimas de violencias y asesinatos no mueren, pues sobreviven a la destrucción del cuerpo carnal y por lo regular guardan sus resentimientos, procurando vengarse tan pronto como les sea posible. Las dificultades para la solución del problema resultan de casos de conciencia. Los verdugos del pasado desean someterse al flagelo para aliviar su conciencia. Se reencarnan con esa intención y por eso se resignan a pasar por los sufrimientos del rescate de sus faltas. Se muestran en general conformados y sufren pacientemente el desagravio que viene de lejos, de otras vidas. Por ello es necesario estimularlos.

Los problemas de conciencia son mucho más agudos en el mundo espiritual y para librarse de ellos están dispuestos a todos los sacrificios en la actual encarnación. Esa tendencia masoquista, sembrada en la Tierra por milenios de interpretaciones religiosas convencionales, domina la mayoría de las criaturas del plano espiritual ligado al nuestro. Es necesario recordar siempre, en los adoctrinamientos, que no estamos en la Tierra para gozar ni para sufrir, sino para enfrentarnos a las necesidades de nuestra evolución. Esa evolución no nos conduce al servilismo degradante, sino a la conciencia de nuestro destino superior, como criaturas espirituales que somos. Aquellos que se entregan como parias al látigo de los verdugos se entregan a sacrificios envilecedores, tanto para sí mismo como para los verdugos. Logrando dar a esas criaturas acobardadas una

visión más racional de la evolución espiritual, conseguiremos despertar en ellas la fe en los objetivos supremos de Dios, que engendran la esperanza y virilizan los espíritus. Frente a esa reacción, los propios verdugos actuales despiertan para la comprensión de esa postura negativa y empiezan a vislumbrar los planos superiores, que solo alcanzarán abandonando esas actividades. Ese es el secreto de la eficacia en todos los procesos de adoctrinamiento. Recordemos siempre la actitud de Jesús, dando atención y respeto a los pecadores que los sacerdotes despreciaban como indignos e impuros. Recurramos a la expresión bíblica atribuida a Dios: "Misericordia quiero y no sacrificio". Jesús no se entregó a la cruz para darnos ejemplo de cobardía, sino de coraje ante situaciones de desesperación. Luchó, empleando duras expresiones, contra la hipocresía vil de los fariseos. Aceptó la crucifixión como exigencia de un medio humano brutal en que se había encarnado para modificarlo con el ejemplo final de la resurrección. Y no resucitó para eternizar en la Tierra la prepotencia de los verdugos, sino para mostrarles que la victoria frente al sufrimiento y a la muerte, enfrentados con dignidad y no con sumisión infamante, es el rescate del espíritu en la trascendencia. Porque el destino de todas las criaturas es la elevación a los planos superiores de la conciencia, lo cual equivale a decir la conquista de la responsabilidad en todos sus actos y frente a todas las circunstancias. Hasta ahora las religiones nos enseñan que hemos de sufrir para pagar pesadas deudas morales. Pero el Espiritismo – que es una síntesis de todo el Conocimiento – reúne en sus principios a la Ciencia, la Filosofía y la Religión, dándonos una visión nueva de la realidad. No somos condenados, somos criaturas libres y tenemos que perfeccionarnos para asumir toda la libertad de seres conscientes de su destino superior. Si estamos enredados en procesos dolorosos, provenientes de errores cometidos en vidas anteriores, disponemos también de la vida presente y de las vidas futuras para corregir nuestros fallos. La Conciencia Suprema, que es Dios, no quiere nuestro sufrimiento, sino nuestra liberación de todo sufrimiento.

El empleo de los fenómenos de endopport en el vampirismo no está decretado por Dios, proviene de nuestra arrogancia, que nos ha conducido a una situación humillante. Si sabemos servirnos de la humillación para desarrollar la humildad, veremos que las entidades vampíricas empezarán a aprender con nuestro valiente ejemplo a vencer las dificultades a que también están sujetas. Nuestra sanación no puede obtenerse con la negación de nuestros potenciales divinos, sino con su desarrollo en nosotros. Hemos de analizar nuestra condición actual, pesar los pros y los contras de nuestra conducta, procurando modificarla y reajustarla a nuestros verdaderos intereses. En la propia pedagogía terrena se nos enseña que solo logramos aprender, haciendo. Desde las cosas más simples de la vida a las más complejas, sabemos cómo hacerlas por las experiencias de las vidas sucesivas. Solamente haciendo se aprende. Tratemos de hacer ahora lo mejor, y lo peor del pasado desaparecerá.

El concepto nuevo del mundo y de la vida que ahora tenemos puede modificarnos profundamente, revelando posibilidades insospechadas que traemos en nosotros mismos. No nos dejemos estar apegados a las viejas ideas de crimen y castigo, de punición y recompensa de Dios, de Infierno y Cielo. Encaremos el mundo como la gran escuela de nuestro aprendizaje. Las leyes que rigen la vida son las mismas para todos. No hay privilegios

para nadie. Confiemos en esas leyes, sin torcerlas a nuestro favor, y ellas nos llevarán a condiciones mejores ahora mismo. No esperemos que nadie nos libere. La libertad es nuestra, está en nosotros, basta usarla para que sea cada vez más amplia ante nosotros. Es con esos datos objetivos de nuestra realidad interna como podemos adoctrinarnos y adoctrinar a otros, no con amenazas o promesas.

El vampirismo es una forma de esclavización. Nos esclavizamos a otros por pereza, por indolencia, y los otros se esclavizan a nosotros por los mismos motivos. Si decidimos ser libres y no apegarnos a remordimientos, a angustias engendradas por nosotros mismos, a desesperaciones que alimentamos masoquistamente, sino que descubrimos que podemos hacer y deshacer las cosas por nosotros mismos, no necesitaremos sorber de otros lo que tenemos en nosotros, y así nos emanciparemos.

Los vampiros vampirizan el mundo porque el mundo está hecho por nosotros, a nuestra imagen y semejanza. Cambiemos nuestra manera de encarar el mundo y él se modificará. Los fenómenos de endopport son consecuencia de las múltiples e incesantes opresiones que ejercemos sobre los demás y los demás sobre nosotros. La vida es libertad. Vivir es ser libre. Pero si vivimos de la vida de los otros, los otros también se considerarán con derecho a vivir de nuestras vidas. Si nos vengamos de otros, los otros se creerán en el deber de vengarse de nosotros. Todo es reciprocidad en el proceso de la vida.

VII — CASOS ACTUALES DE ENDOPPORT

Un caso de Brasilia fue llevado al vídeo de la TV Globo, para todo el Brasil. No hemos tenido oportunidad de contacto con ese caso, pero la TV y los periódicos mostraron, en imágenes y en clichés, que la cantidad de agujas y otros objetos expelidos por el cuerpo de la médium, era simplemente asombrosa. Sería difícil admitir la explicación de la autoflagelación o del exhibicionismo, que satisface a aquellos que solo desean esquivarse del problema. Con ello no negamos la existencia de esos dos factores, que pueden incluso contribuir a las dificultades con que se encuentran para librar a las víctimas de su tormento. Como en todo, en la práctica y en la investigación espírita el riguroso método científico de Kardec, enriquecido con los recursos modernos tecnológicos, nos libran de los peligros de una aceptación precipitada de los hechos, o de su rechazo debido al prejuicio.

En nuestro grupo de trabajos espíritas, en São Paulo, apareció un caso asombroso de endopport que fue encaminado a la sesión reservada de tratamiento de casos difíciles y aún se encuentra en fase de observación. Una joven empleada de determinada empresa sufre desde hace catorce años ese fenómeno, con clavos, alambres y otros objetos que aparecen introducidos en su cuerpo, particularmente en las manos. Esos objetos son expelidos, pero no raramente se enclavan y necesitan socorro quirúrgico. Conduce automóviles y lleva a cabo otros trabajos. Expele a veces por la boca, acompañados de sangre, trozos de alambre y clavos. Como siempre, solo acudió a los recursos del Espiritismo después de haber intentado la solución del problema por otras vías. Tiene las manos deformadas por intervenciones quirúrgicas de extracción forzada de clavos y alambres en posición difícil. Ese caso nos reveló la necesidad de encarar de frente, sin prejuicios ni precipitaciones, la solución del problema del endopport. Es bastante angustiosa la situación de las víctimas, que aparte de sus dolores físicos tienen que enfrentarse a las sospechas de su ambiente familiar, de su lugar de trabajo y de sus círculos de amistad. Es fácil de imaginar lo que sufren, las dificultades a que se enfrentan. La joven R. se desligó de la familia y vive en casa de una de sus amigas que se apiadó de su situación. Sus condiciones psicológicas son naturalmente traumáticas, lo cual aumenta las dificultades en sus relaciones con los demás.

Poco después de aparecer este caso, nos llegó desde Indaiatuba, ciudad cercana a Itú y Campinas, la petición del Sr. João Gonçalves para que examinásemos el caso – 17 años de torturas – de la Sra. Odila Bertoni, residente en aquella ciudad y empleada del hogar. El aludido señor, comerciante allí establecido con tienda de tejidos, es asimismo dirigente de un Centro Espírita. Hace años se empeñó en el tratamiento del caso en forma de desobsesión. Pacientemente ha ido logrando suavizar las agresiones, mejorando considerablemente la situación de la víctima. La médium, que también produce efectos físicos diversos, ha adquirido confianza en los trabajos espirituales llevados a cabo, manteniendo alguna esperanza de curación. El Dr. Ramos, médico de la ciudad, viene prestando socorros a la médium en la extracción de los objetos enclavados en su cuerpo. Ha providenciado placas radiográficas, donde se ha constatado la presencia en el cuerpo de la médium de 60 agujas y un menor número de trozos de hierro. La revista italiana GENTE, muy conocida entre nosotros, publicó en su número 12, de Febrero de 1977, un amplio reportaje sobre

este suceso, con ilustraciones fotográficas y reproducciones de las placas radiográficas del Dr. Ramos. La Medicina se muestra impotente frente a estos casos, limitándose a verificarlos y, cuando es posible, a socorrer a las víctimas con la extracción quirúrgica de los objetos enclavados en el cuerpo. Algunos sacerdotes pseudo-parapsicólogos procuran dar explicaciones acerca del fenómeno, por lo regular, insólitas. Las manifestaciones espíritas que acompañan estos acontecimientos han sido dadas por espíritus inferiores, que se refieren únicamente a los motivos kármicos (de vidas anteriores de las víctimas), no haciendo referencia alguna al mecanismo de los procesos de endopport. Las pesquisas de Friedrich Zöllner, en la Universidad de Leipzig, sobre apports y fenómenos correlatos, han revelado la posibilidad de interpenetración de cuerpos extraños en estructuras materiales cerradas. Zöllner interpretó en el siglo pasado esas posibilidades como provenientes de la multidimensionalidad de lo real. Fenómenos como los de nudos producidos en cuerdas sin extremos y los de introducción de argollas de madera (enterizas) en estructuras cerradas, acusando calentamiento intenso de las argollas, lo llevaron a considerar la producción de roces en el paso del objeto de una dimensión a otra. Las investigaciones del Barón Von Schrenk-Notzing y de Madame Bisson, en Berlín, demostraron que el retorno del ectoplasma de las materializaciones al cuerpo del médium se producía por infiltración en los poros de la epidermis. Las pruebas actuales de la permeabilidad de la materia, debidas a los descubrimientos de la Física Nuclear aportan nueva contribución a esas tentativas del pasado, relegadas al olvido durante todo un siglo. Se ha hecho teóricamente posible la introducción de objetos extraños en cuerpos cerrados, que en el siglo pasado parecía imposible. Las pruebas científicas obtenidas en la Universidad de Duke (Estados Unidos) por el Prof. Rhine y su equipo de investigadores, son así explicadas por Rhine: "La mente, que no es física, actúa por vías no físicas sobre la materia" – lo cual Vasiliev no logró refutar experimentalmente – y esto completa el cuadro favorable a una explicación científica actual del fenómeno de apport y particularmente del fenómeno de endopport.

Ya es tiempo de que no vuelva a encararse ese fenómeno doloroso, que mutila a ciertas criaturas y frustra su vida normal, como posible trapacería de médiums masoquistas y de alucinados exhibicionistas. La introducción de agujas en el cuerpo, que ha venido siendo considerada altamente sospechosa por la facilidad con que se hace, principalmente de una mano en otra, implica dolores y dificultades en las actividades de las víctimas, que por motivos tan absurdos no justificarían la estúpida insistencia durante tantos años. El propio instinto de conservación, con su corolario de rechazo al dolor y al sufrimiento, solo podría ser considerado insuficiente en personas que revelasen demencia. No es esto lo que se advierte en las víctimas, que sufren penosamente a la espera de una solución para la anomalía que las abate. Por otra parte, disponemos hoy en el campo psicológico de los recursos necesarios para evaluar la condición de anormales respecto de las personas sospechosas. Frente a todos estos factores, la displicencia ante el sufrimiento sin esperanza de las víctimas nos convierte a todos en cómplices y compinches del más extraño y criminal tipo de vampirismo que flagela a tantas criaturas en el mundo. No podemos asumir la actitud de los psicoterapeutas que entregan a las víctimas de inversión sexual a condenaciones irremisibles, consolándolas

con un falso concepto de normalización de lo anormal. La lógica nos enseña que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido. Lo normal es una cosa y lo anormal es otra. No podemos sostener que la situación de las víctimas del endopport es normal y ni siquiera paranormal, pues esta expresión, creada por Frederic Myers, define un paralelismo de condiciones impuesto temporalmente por exigencias metodológicas. Una criatura que se ha convertido en alfiletero no puede ser considerada como normal. Su condición es anormal y patológica, exigiendo atención y socorro por parte de los medios científicos. Si estos medios se lavan las manos en la palangana de Pilatos, nosotros los espíritas no podemos hacer lo mismo. Los principios doctrinarios del Espiritismo nos obligan a atender y a socorrer al vampiro y a su víctima, disuadiendo al primero de sus intenciones vengativas y al segundo de su actitud pasiva y conformista. El fenómeno de endopport tiene consecuencias físicas, materiales, pero su naturaleza es moral y por lo tanto, consciencial. En él están en juego dos psiquismos en lucha, dos conciencias que necesitan ser esclarecidas. Sería inútil intentar resolver la cuestión por medios físicos. Hemos de recurrir a los procedimientos espirituales de la plegaria, del pase y del adoctrinamiento.

Lo que hay de físico en el endopport es la acción fluídica. Pero no conocemos suficientemente los fluidos en su variedad que parece infinita, y solo jugamos con ellos en el plano de la fe, de la confianza en Dios y en los Espíritus Superiores. La propia Ciencia, como demostró Cassirer, se ve obligada a apoyarse en la fe para subsistir. No pudiendo probar de modo objetivo la existencia del orden universal, los científicos se apegan a la suposición de su existencia en todo el Universo, creyendo y confiando en los indicios de universalidad que obtenemos en las leyes de nuestro mundo terreno, y proceden con fe en ese presupuesto. Cuando ellos nos acusan de empirismo mentecato, sin bases firmes, hacen el papel del mono que no mira su rabo, viendo únicamente el de los demás. Si tenemos la creencia ingenua y la fe religiosa, ellos también han tenido que creer ingenuamente en una realidad que no pueden demostrar, a fin de avanzar en sus pesquisas. La fe religiosa y la fe científica son hermanas gemelas que nos ayudan y nos amparan en el progreso del conocimiento real. Ambas nos permiten actuar en el descubrimiento de las leyes de la realidad que no podemos abarcar en nuestra limitada posibilidad de investigación directa y completa. Por eso Kardec sostuvo la existencia de dos formas de revelación: la divina y la humana. La revelación divina nos es proporcionada por los Espíritus Superiores – en las Ciencias humanas, a través de intuiciones, en la Ciencia Espírita a través de comunicaciones mediúmnicas.

Se engañan vanidosamente, enseñando lo que no saben, los espíritas que pretenden imponer a la práctica espírita sistemas que han inventado por su propia cuenta, con los cuales creen haber superado a Kardec. No conociendo la naturaleza real de los fluidos espirituales, teniendo una vaga noción de sus leyes y suponiendo sus formas de aplicación, proceden como niños que juegan con fuego y pólvora: muchos de tales aprendices de brujo se apegan, para mantener su falso prestigio, a las prácticas de macumba, a los procedimientos salvajes del Sincretismo Religioso Afro-brasileño, pensando que inocentes vegetales, como la ruda, las llamadas espadas de San Jorge – sansevierias – los puntos cantados o rayados sobre el suelo pueden socorrerlos en su impotencia. Ningún elemento material y ningún

residuo de supersticiones de las selvas tienen la menor influencia sobre las leyes espirituales. La única forma de actuar sobre las entidades vampíricas y sobre los espíritus en general, como enseñó Kardec, proviene de la autoridad moral de criaturas esclarecidas. Solo la autoridad moral de un espíritu encarnado puede influir sobre el comportamiento de espíritus desencarnados. No comprendiendo esto y no pudiendo manipular los fluidos espirituales, esos espíritas ingenuos manipulan hierbas, pólvora y bebidas, descendiendo en su estado evolutivo con esas prácticas supersticiosas, para emparejarse con los hechiceros de las selvas. La fe en Dios y en la Espiritualidad es innata en la criatura humana y permanece latente, en forma estática y disponible en el corazón de los hombres que se entregan a la negación materialista. La fe espírita, racional, anti-supersticiosa, se manifiesta como una gracia en el corazón de los que se conducen con humildad ante el Gran Enigma de que habló Léon Denis. Esa fe permite avanzar en la medida exacta de nuestros potenciales espirituales. Sin la humildad y la conciencia de nuestra fragilidad humana, estaremos siempre sujetos a caer en las trampas de la vanidad necia que todos poseemos, y que la mayoría cultiva como planta preciosa cuando no es más que mala hierba. En esas culturas bastardas es donde el vampirismo nos atrapa como a flores de malvilla en las tierras estériles.

En las ilustraciones fotográficas de la revista GENTE aparece un *expert* **en Espiritismo, Monseñor Ernesto Pizoni y un** *expert* **en Parapsicología, el Padre Quevedo. Ambos pretenden explicar el fenómeno según la Iglesia. La cualidad de** *expert* **en cualquier asunto exige conocimiento profundo del mismo y estar exento de animosidad, sin ningún condicionamiento mental o emocional, ninguna dependencia de presupuestos establecidos por una dogmática opuesta al problema. La posición del clero católico en este caso es universal y ferozmente contraria al Espiritismo. Científicamente la posición de ambos es, por tanto, inaceptable. No conocemos a Monseñor Pizoni, no obstante, por más íntegro y digno que sea, su opinión siempre será la de un hombre de fe, de una determinada fe suficientemente conocida en todo el mundo, no teniendo por tanto el menor valor científico. En cuanto al Padre Quevedo, a quien conocemos bien, es un campeón feroz y altamente agresivo de la lucha contra el Espiritismo, que se esfuerza por convertir la Parapsicología en arma de esa guerra ignominiosa. Ninguno de los dos sacerdotes tiene condiciones para presentarse como** *expert* **en un problema que solo pueden conocer a través de prejuicios enraizados en la formación de fe que han tenido. En una apreciación ética, la posición de ambos corresponde científicamente a un pecado mortal, si hubiese en las Ciencias una escala de pecados.**

Monseñor Pizoni, según sus propias declaraciones a la revista, reveló no ser ningún *expert* **en Espiritismo: relató su participación en algunas sesiones espíritas y admitió la autenticidad de las comunicaciones que recibió. Pero hizo una lamentable mezcolanza entre prácticas de religiones africanas y Espiritismo, sin revelar conocimiento alguno de la Doctrina Espírita. Su concepto del Espiritismo no va más allá de los conceptos vulgares. Dando la palabra de la Iglesia sobre la cuestión, dijo que ésta admite teóricamente la comunicación de los espíritus de personas muertas y liberó a los católicos para frecuentar las sesiones, siempre que sea para estudios y experimentos, y recordó que muchos Santos de la Iglesia se**

relacionaban con los espíritus. Añadió que la Iglesia solo condena en el Espiritismo la idolatría y los rituales paganos. Con esa declaración Monseñor Pizoni liquidó definitivamente la confusión de la revista respecto de su condición de *expert* **en Espiritismo, pues es de dominio público que en el Espiritismo no hay ídolos ni rituales. ¿Cómo podría un** *expert* **ignorar esta circunstancia significativa y característica de la Doctrina Espírita? Por otra parte, ¿cómo explicar la facilidad con que el Padre Quevedo aceptó la posibilidad de un** *despacho* **– trabajo de hechicería – de parte de la médium de Indaiatuba, que acertó de lleno pese a los 700 kilómetros de distancia? Él, que viene declarando insistentemente, en las televisiones de Río y de São Paulo, que no hay tales** *despachos*, **y si los hay, no tienen el menor efecto; y él, que además siempre está desafiando a los macumberos a que le hagan algún mal, acabó temblando de susto ante una práctica de Vudú. Esa fue la gran novedad del reportaje de GENTE: el viraje espectacular del padre desafiante. Como se ve, ni la Iglesia ni sus clérigos saben nada en absoluto sobre el Espiritismo. Lo encaran como religión supersticiosa de los negros africanos, nagós o yorubas. No han examinado las obras de Kardec, y si lo hace uno u otro clérigo, es únicamente con malicia, buscando en los textos contradicciones y absurdos que no existen, pero que acaban por atribuirles. Era así precisamente como procedían las grandes religiones contra el desarrollo incipiente del Cristianismo. Pero Monseñor Pizoni ha sido tocado en su corazón por las comunicaciones mediúmnicas de amigos que él reconoció y cuyos reencuentros mantiene vivos en su memoria. Aunque lo presenten como** *expert* **en Espiritismo, él bien sabe que no lo es y prácticamente invita a los católicos a seguir su ejemplo.**

La Sra. Odila (que en el reportaje de GENTE aparece con otro nombre), no fue afectada por la magia negra de una sacerdotisa vudú que introducía alfileres en un cojín a gran distancia. Muchos años antes de la danza macabra a que Pizoni y Quevedo asistieron asustados en Río de Janeiro, ella ya había sido acosada por entidades vengativas, típicamente vampíricas, que los espíritas de Indaiatuba ya habían logrado despertar para la comprensión de su error, mediante el adoctrinamiento evangélico. No se puede colocar un problema tan grave como el vampirismo en términos de disputa religiosa o de supuesto debate teológico, que en las televisiones de São Paulo y de Río el Padre Quevedo siempre ha cerrado con desafíos ridículos a los macumberos, para que le hiciesen un *despacho* **arrasador. La última vez que nos hemos encontrado, en una mesa redonda del Canal R, TV Tupí, de São Paulo, aprovechándose de la presencia de un babalaó orixá en la reunión, el Padre Quevedo hizo un llamamiento desesperado al babalaó en ese sentido. El babalaó, tranquilamente, le contestó: "Usted debe pedir eso a los macumberos que hacen el mal, nosotros solo hacemos el bien". El Padre** *expert* **en cuestiones espíritas no sabía que el babalaó de Umbanda, dirigente de sesiones de Candomblé, no pertenecía a la llamada Línea de Quimbanda. No conocía siquiera los problemas del sincretismo religioso afro-brasileño, ampliamente tratado por nuestros sociólogos; y allí se presentaba como conocedor del Espiritismo y parapsicólogo, dos áreas del conocimiento científico que jamás han figurado en su bagaje cultural de manera correcta. Dios quiera que los sufrimientos de Odila y de tantas otras criaturas atacadas por el vampirismo hayan servido, a fin de cuentas, para demostrarle que no se**

puede tratar problemas científicos con la displicencia de quien juega a las canicas.

El reportaje de GENTE, a su vez, nos ha traído al menos un consuelo, mostrándonos en vivo que los reporteros de la civilizada y culta Italia no superan en nada a nuestros reporteros brasileños en lo atinente a las improvisaciones de dramatización y sensacionalismo, en las cuales se mezclan churras con merinas al sabor de los lectores inconscientes. Un buen reportaje sobre temas de tal naturaleza solo podría llevarlo a cabo alguien que realmente conociese el problema. El tranquilo Monseñor Pizoni, el inquieto y dramático Padre Quevedo y el reportero fantasioso de GENTE pueden encontrar en las obras italianas del famoso Prof. Ernesto Bozzano las enseñanzas fundamentales que les faltan para estar preparados para enfrentarse a problemas de esa naturaleza. Podrían también recordar a Lombroso, que después de combatir el Espiritismo sin conocerlo, acabó por escribir el famoso libro *Espiritismo e Hipnotismo*, **replanteando el problema en sus debidos términos. Todo cuanto se dice o se escribe acerca de estas cuestiones se dirige a la gente, y la gente que sufre o ha sufrido necesita esclarecimiento. Trapacear, mentir o fantasear, en este caso, es tripudiar sobre la memoria de aquellos que dejaron este mundo.**

VIII — EL AUTO-VAMPIRISMO

El vampirismo es un elemento básico del desarrollo de la vida en toda la Naturaleza, porque la ley de la diferenciación en la unidad a que Kardec se refirió rige todos los procesos de desarrollo. Todo comienza en lo uno, en lo indiferenciado, para multiplicarse (sin desligarse de la unidad original) en las proliferaciones necesarias. Los seres se desarrollan en cadena y se amplían en familia. Para ese desarrollo y esa ampliación los unos se apoyan en los otros, sorbiéndoles los elementos vitales en una reciprocidad constante. La Naturaleza es una Unidad que se despliega sin cesar en la multiplicidad de sus propios elementos constitutivos. El amor es un intercambio permanente que puede engendrar odio, y con éste el vampirismo negativo de las situaciones criminales. Los desequilibrios ecológicos de la actualidad nos revelan claramente ese proceso universal. La telepatía, hoy considerada no solo en sus manifestaciones excepcionales, sino como medio normal y constante de intercomunicación humana subliminal, nos muestra un aspecto sutil de vampirismo, que tanto puede ser negativo como positivo, según ha demostrado el Prof. John Herenwald. Vivimos en un mar de pensamientos que nos afectan a todo instante. Y nos servimos de nuestros medios de selección de manera instintiva, para acoger a unos y repeler a otros. Y es precisamente en el acto de seleccionar, elegir y asimilar, donde encontramos, al mismo tiempo, las fuentes del auto-vampirismo y de nuestra responsabilidad individual por el desarrollo y propagación del vampirismo. Y encontramos, al mismo tiempo, la prueba de nuestro libre albedrío, en el plano de la razón donde se muestra consciente, y en el plano de la afectividad, en que aparece compulsivo e inconsciente. Los mecanismos de introyección, en Psicoanálisis, por el cual las ideas penosas, los sucesos y recuerdos traumáticos, son escamoteados en lo consciente y convertidos en complejos, nos proporcionan el esquema preciso de ese proceso. Freud endosó esa responsabilidad a la libido, pero Kardec, más de medio siglo antes de Freud, reveló esa mecánica en las pesquisas de las manifestaciones espíritas inconscientes. Frederic Myers, en sus geniales explicaciones del misterio de los Genios en *"La Personalidad Humana"*, **confirmó la posición de Kardec sin conocerla, comprobándola por sus propias pesquisas y las de Henry Sidgwrick y Edmond Gurney. Para ese trío de investigadores eminentes, el Genio es el producto de experiencias anteriores acumuladas en el inconsciente (bagaje reencarnatorio), que van aflorando en las nuevas existencias por atracción de nuevos conocimientos adquiridos, gracias a la ley de asociación de ideas y a la permeabilidad de la zona fronteriza del umbral de la conciencia. Las inspiraciones del genio duermen introyectadas en la conciencia profunda y despiertan en los reencuentros con el mundo cultural. Su adaptación a ese mundo nuevo lo reintegra en el plano de las reflexiones y de los trabajos del pasado, desvendándole nuevas perspectivas en la lucha para la ampliación de los conocimientos y el adelanto de las ciencias. De Rochas demostró esa hipótesis experimentalmente y hoy Raikov, aun sin proponérselo, la viene comprobando en sus pesquisas sobre los recuerdos de vidas pasadas, en la Universidad de Moscú. No labramos por nuestra cuenta y riesgo en ese campo difícil, lo cual sería una temeridad, pero trabajamos con el apoyo de los grandes investigadores del pasado reciente y del presente.**

Hubert y Kerchensteiner, filósofos y pedagogos, el primero francés y el segundo alemán, ambos pertenecientes a la corriente del neokantismo, recuerdan actualmente la necesidad de un planteamiento actual del problema ontológico, del hombre como *onto*, **o sea, como ser o espíritu que se desenvuelve en la temporalidad, como quiere Heidegger, en etapas sucesivas, en la dialéctica de la conciencia. Sin esa toma de posición, superando las trabas de una sistemática científica ya derrotada por el propio avance científico, no podremos llegar a la solución, cada vez más urgente, de los problemas humanos. En el vampirismo, gracias a la exageración de las tendencias negativas de la víctima, podemos ver con más clareza, como en un microscopio de alta potencia, la otra cara de la personalidad humana, con sus nubes negras ocultando deformidades y desequilibrios. Conociendo el problema de las relaciones telepáticas y el de las captaciones paranormales en general, dominamos fácilmente el panorama de las perturbaciones. Tenemos así los datos necesarios para lograr el restablecimiento del equilibrio vampirizado, sometiéndolo a la técnica espírita del adoctrinamiento, que podrá estimular sus reacciones, prácticamente bloqueadas por la vampirización. Con la plegaria, el pase y las sesiones de manifestaciones mediúmnicas, dirigidas por personas esclarecidas y bien integradas en la doctrina, el resurgimiento de la moral de la víctima no tarda en manifestarse. Los estímulos espíritas actúan con eficacia. Y, al mismo tiempo, las entidades interferentes y perturbadoras, que, atraídas por la ley de afinidades espirituales se ligaron a la víctima, van siendo esclarecidas y alejadas, aliviando la carga de la víctima. Más que recurrir a estimulaciones morales, se debe recurrir al esclarecimiento racional del problema. La criatura humana es siempre más sensible a las explicaciones lógicas que a las exhortaciones puramente morales y por lo regular gazmoñas, desvalorizadas por la acción corrosiva de la hipocresía de predicadores que hacen lo contrario de lo que enseñan. La víctima de vampirismo y sus verdugos necesitan estímulo racional, pues la práctica vampírica se funda siempre en los procesos sensoriales y afectivos. Son siempre criaturas que alegan carencia de amor, de afecto, como niños mimados que pasan por los traumas del abandono. Por eso mismo son también inconstantes, inseguras, escapando al tratamiento siempre que pueden. Por lo regular, cuando los obsesores empiezan a dejarlas, se inquietan y sufren recaídas peligrosas, en las cuales pretenden reencontrar a los que se han alejado. El enviciamiento, sea del tipo que fuere, ablanda la voluntad humana y solo con la ayuda enérgica de doctrinadores hábiles y vigilantes, insistentes en la decisión de salvarlas, podrán retenerlas en el tratamiento necesario. Aunque por otro lado, el sentimiento de la dignidad humana que permanece vivo en la conciencia, el deseo natural de consideración y respeto en la vida social e incluso la vanidad – que en esos casos se convierte en excelente auxiliar del reequilibrio – son factores favorables que favorecen el trabajo de recuperación.**

En el vampirismo endógeno (auto-vampirismo) tenemos un cuadro más o menos semejante, pero la inversión de los factores desencadenantes exige estímulos más adecuados al despertar de las reacciones de la víctima. En esos casos, los agentes externos deben ser tratados con más atención y contar con la eficacia de la *autoridad moral* **a que se refirió Kardec. La condición moral de los adoctrinadores es siempre importante, pero en el caso del vampirismo endógeno su papel lo es todavía más. Esa**

autoridad moral no puede, entre tanto, ser medida por las apariencias. Sus medidas son de orden consciencial. La conducta externa de una persona alegre y bromista lleva a los moralistas ceñudos a considerarla liviana, lo cual no es más que un juicio apresurado. La autoridad moral de Kardec resulta de las intenciones, de los sentimientos fraternos, del sentido de justicia y bondad y del sentimiento de amor y respeto por los semejantes que demuestra esa persona. Cuando los obsesores empiezan a ceder, hemos de tener cuidado con las celadas de la astucia, aumentando nuestra confianza en los espíritus protectores y en la esencia espiritual del hombre.

Con esos elementos íntimos reforzamos nuestra posición, ayudando a la víctima en su recuperación. Estas son solo algunas indicaciones de lo que es preciso hacer, pues en el desarrollo de los trabajos, los dirigentes, médiums y adoctrinadores van capacitándose cada vez más y adquiriendo una habilidad especial en el tratamiento de los procesos vampíricos. El resultado de esos trabajos mediúmnicos, casi siempre dolorosos, es el despertamiento de hombres y espíritus desencarnados para la necesidad y el valor de una comprensión espiritual de la vida. El adoctrinamiento de una entidad perturbadora contagia a otras muchas, despertándolas para el sentimiento de amor y dignidad humana. Muchas personas entienden que el problema del vampirismo pertenece a los Espíritus, no incumbiendo a los hombres cuidar de tales casos. Son criaturas acomodadizas, que solo desean tomar parte en reuniones mediúmnicas agradables, en las cuales solo se manifiestan Espíritus elevados. Se olvidan de que vivimos en un mundo inferior, donde el mal predomina, como vemos aún ahora, con las atrocidades espantosas de este siglo de transición. Si volviesen los ojos hacia el pasado, verían que la Historia de la Humanidad es suficiente para justificar todas las formas de obsesión y vampirismo que campean en el planeta, desde las naciones más bárbaras a las más civilizadas. Dios, que nos tiene en la consideración de hijos amados que maduran en la carne para florecer en el espíritu, en la integridad del ser, dando frutos de luz para los que sufren en las tinieblas de la ignorancia, del crimen y de la ignominia, espera de nosotros algo de buena voluntad en favor de nuestros hermanos sufrientes de la población de la Tierra.

Las sesiones espíritas de desobsesión pueden fatigar y aburrir a los que solo piensan en sí mismos, alegando dificultades como las del vampirismo y del animismo para justificar su preferencia por las sesiones de elevada instrucción espiritual. Esta es aún la prueba de nuestro egoísmo, de nuestra inferioridad y falta de comprensión de la realidad terrena. No tenemos el derecho de suspirar por sesiones angélicas, pues estamos muy lejos de los planos de la condición de ángeles característica de los planos superiores, de los mundos felices. Tenemos aún mucho trabajo que enfrentar en este pequeño planeta al que envilecemos en vez de elevarlo. Y solo por el trabajo y la abnegación podremos un día merecer pasar a los mundos en que la Humanidad es realmente humana.

Basta contemplar someramente el noticiero de los periódicos, para ver lo que pasa en nuestro mundo. ¿Tan cortos de raciocinio seremos, para no comprender que somos los responsables por todas las calamidades que asolan el planeta? El vampirismo nació y vive de nuestras entrañas y de nuestras manos. En el gigantesco proceso de la evolución de los millones de seres que han pasado por la Tierra y aún siguen pasando a nuestro lado, el papel que ejercemos ha sido siempre el de vampiros. Los Espíritus

que no han manchado sus manos en el crimen de Caín, hace mucho que han dejado nuestro mundo de pruebas y expiación.

IX — AVES DE RAPIÑA

Una de las formas del vampirismo es la que convierte a los hombres en gavilanes rapaces, peligrosas aves de rapiña que viven rondando codiciosas e insaciables el rebaño humano. Fascinados por el dinero, se dejan envolver por la herrumbre de la usura, que los corroe sin cesar. Hay dos tipos bien definidos en el aviario humano: el pequeño halcón de vuelo corto, rastrero, de ojos vivos al acecho, melifluo en los gestos y en el habla, discreto y rápido en los golpes contra los haberes del prójimo, y el gavilán atrevido, de alas puntiagudas y largas, que sabe planear en el aire, casi inmóvil en su equilibrio aéreo para acechar el rebaño descuidado. Forman ambos el complot de la rapacidad y la usura. Según la ley general del vampirismo, traen en la propia alma, al nacer, las marcas de la roña de encarnaciones pasadas en la explotación de los semejantes, pero también traen el cortejo de las rapaces enviciadas que los estimulan y que se sirven de ellos para saciar el vicio de la rapiña a través de sus garras. Al modo de lo que ocurre en el vicio sexual, poseen el instinto congénito de la avaricia y de la codicia, pero pueden también contagiarse en los medios avariciosos, consiguiendo la *rapacidad adquirida*, **cuando traen únicamente ciertas inclinaciones hacia ese campo de la criminalidad.**

Son esos los monopolistas de la riqueza perecedera de los hombres. Su piel se cubre de orín y adquieren una tonalidad metálica de voz. Tienen, en el trato personal, la dulzura maliciosa de un párroco y frotan las manos como si enrollasen billetes de banco para ocultarlos en la concavidad de las manos, que Dios nos había dado para que tomásemos agua de las fuentes. Disponen de un olfato especial para descubrir los focos de angustia y necesidad donde hay haberes para empeñar. Acechan durante meses y años a aquellos que luchan con sacrificio por salvar una pequeña propiedad o los postreros haberes de una familia en la ruina, descerrajando el golpe en el momento exacto en que la víctima tiene la soga al cuello. No tiran de ella, porque no es eso lo que les conviene. Prefieren salvar bondadosamente a la víctima, que podrá serles útil más tarde, y únicamente llevarse sus haberes. ¡Y cuántas víctimas quedan agradecidas a Dios, que les ha enviado el socorro en el momento exacto de la necesidad!

Pero los gavilanes rapaces pagan caro sus placeres mórbidos. Son criaturas que sufren las angustias de su propia mezquindad. Sus lazos mentales, como ciertos grilletes policiales, se aprietan automáticamente en torno a ellos cuando pretenden ensancharlos. El orín de la avaricia les envenena la sangre y el ácido de la usura los ciega fatalmente. Pasan a la vida espiritual como miopes o ciegos que no consiguen ver más allá de las miserables fascinaciones terrenas, como si no hubiesen dejado el cuerpo carnal. Los gavilanes atrevidos solo encuentran por delante a sus rivales, que no se olvidan de las disputas terrenas y forman con ellos los bandos delirantes de vampiros del robo, mutuamente robándose y tentando a las criaturas débiles con las fascinaciones engañosas del pasado.

En los sistemas de educación de la Tierra mucho se podría hacer contra ese flagelo, con métodos de observación y control de las inclinaciones y vocaciones de los niños. Pero ¿cómo dar a la educación ese recurso preventivo, cuando ni siquiera los maestros espíritas, en su aplastante mayoría, se sensibilizan con el ideal de la Educación Espírita? Todas las tentativas para el desarrollo de esa Nueva Educación mueren de inanición por falta de interés. En la educación familiar, donde la

observación de los niños debía ser permanente, nadie se acuerda de esas cuestiones y generalmente se encuentran chistosas las manifestaciones ingenuas de los hijos, sin dar la menor atención a las consecuencias futuras. En las escuelas de grado medio y superior lo que se desarrolla con facilidad es la competición, que prepara a los estudiantes para las disputas y luchas en torno a prioridades y preferencias. Todo puede ser prevenido y evitado, pero los adultos no tienen tiempo para atender a eso. Hay un abismo, entre la niñez y la adolescencia por una parte, y los padres y maestros por otra. Un abismo tan profundo y fatal como el que separaba al Rico y a Lázaro en la parábola evangélica. Mientras no estemos convencidos de que Kardec tenía razón al afirmar que el problema de la Tierra es fundamentalmente de educación, no saldremos del círculo vicioso de un 'religiosismo' egoísta. Si queremos para nuestros hijos un mundo mejor, tenemos que mejorarlo ahora. Porque son ellos quienes harán el mundo del mañana, no nosotros. Si queremos librarlos del vampirismo, que en el sistema actual tiende a aumentar en progresión geométrica, hemos de ofrecerles al menos la progresión aritmética de nuevos procesos educacionales. En una concentración de Juventudes Espíritas, en la cual, invitados a pronunciar una charla, tratamos del problema de la Educación Espírita, una profesora espírita se mostró indignada y más tarde se retiró, volviéndonos el rostro cuando nos encontramos a la salida. Después se nos informó de que ella se había enojado porque sostenía que la Educación Espírita era un absurdo. Otra joven profesora espírita presentó una tesis al III Congreso Educacional Espírita Paulista, contra la proposición del temario sobre la Pedagogía Espírita, y hubo quien la defendiese en el plenario. Con esa mentalidad hundida (y no fundada) en la más completa ignorancia acerca de las materias básicas de su propio oficio, el profesorado espírita solo puede hacer el papel del ciego del Evangelio que conduce a los otros ciegos al barranco. Las numerosas escuelas espíritas instaladas durante los últimos años en el Brasil y particularmente en São Paulo estarán destinadas a perecer por inútiles. Somos caminantes en el desierto que rechazan los oasis porque no creemos que en los oasis pueda haber agua.

Pero no solo en el medio espírita la situación se presenta tan desastrosa.

Un viejo profesor, en función de fiscalización de la enseñanza media, al oír una charla del Prof. Ney Lobo, nos declaró, asombrado: "Sólo ahora aprendí cuál es la diferencia entre Educación y Pedagogía." Había pasado la vida enseñando lo que no conocía, pues había puesto la rutina de la enseñanza y de su burocracia administrativa por encima de las cuestiones culturales. En una Facultad de Derecho (espírita) el director nos dijo que no podía tratar sobre Espiritismo por ser materia extra-curricular. Ignoraba la existencia de importantes trabajos espíritas sobre el Derecho, como la tesis de Ortiz en la Universidad de La Habana, con que ese famoso discípulo de Lombroso obtuvo la Cátedra de Derecho Penal. No queremos que una Facultad de Derecho enseñe Espiritismo, pero es evidente que en la materia curricular de Derecho Penal, la Facultad Espírita tenía el deber de incluir una información valiosa y perfectamente encuadrada en las exigencias universitarias, tanto más que Ortiz consideraba en la tesis, ya también editada en portugués, la información de que el Derecho Penal Espírita llevaba más de un siglo de adelanto sobre el común. Las escuelas

espíritas tienen el deber de dar su contribución doctrinaria a la cultura actual que, según reconocen los pedagogos mundiales, se halla en fase de acelerado cambio.

El recelo a tratar asuntos culturales espíritas en las propias escuelas espíritas constituye uno de los muchos residuos del prejuicio contra el Espiritismo mantenido por la Iglesia durante siglos. Si los espíritas no luchan contra tales residuos, éstos permanecerán en nuestra cultura, con graves perjuicios para los estudiantes que se forman en nuestras escuelas. Ciertos profesores temen la fundación de una Universidad Espírita – absolutamente necesaria en términos de cultura – por simple temor a que esto cree inquietud en el sector universitario, afectándolos de alguna manera. Esa es una actitud de acomodación y cobardía, que testifica contra la convicción espírita y la integridad moral del profesorado espírita.

Los graves problemas del vampirismo no serán resueltos sin la acción valiente de los espíritas en todos los campos de la Cultura y de la Educación. La propia Ciencia, en su desarrollo actual, ya tuvo que penetrar en los problemas espíritas, particularmente en las áreas de la Física y de la Parapsicología, comprobando de modo definitivo la existencia de los fenómenos mediúmnicos y su importancia para el conocimiento pleno y veraz del mundo en que vivimos y de la verdadera naturaleza y destino del hombre.

Sin el reconocimiento científico de la reencarnación, y por tanto, sin la posibilidad de considerar al niño como un ser que ya trae consigo al nacer un importante equipaje de experiencias y conocimientos en los archivos del inconsciente, no se puede formular un concepto preciso del educando y de la manera en cómo éste debe ser orientado. El concepto espírita del educando como reencarnado permite el análisis de su condición actual en el mundo humano, la comprensión lógica de sus dificultades y de los peligros que corre en esta nueva existencia. Por otra parte, la propia circunstancia de encontrarnos en vísperas de la Era Cósmica, de pesquisas y viajes espaciales, exige la introducción del estudio preparatorio de los fenómenos paranormales en las escuelas de todo el mundo. Una Educación para la Era Cósmica requiere la aplicación de los principios fundamentales del Espiritismo en las escuelas. La percepción extrasensorial ha sido ya considerada por norteamericanos y rusos como instrumento indispensable en los viajes siderales. Como demostró Mitchell, en la Apolo 14, con sus transmisiones telepáticas desde la Luna para la Tierra, con solo la telepatía son posibles las indispensables comunicaciones entre las naves espaciales a grandes distancias. La preparación de los astronautas exige la educación de las facultades paranormales de los candidatos.

Todo se concatena en el Universo, como enseña Kardec, en una secuencia que la realidad impone a nuestro conocimiento. Y cuanto más descubrimos esa verdad, más ésta se proyecta en todas las dimensiones de nuestra cultura: el nacimiento de un niño, su educación y preparación para la vida, incluyendo los problemas del vampirismo, abarcan también toda la problemática de la conquista del Cosmos y de nuestra posibilidad de enfrentar y dominar las vastedades de lo Infinito con las facultades paranormales (mediúmnicas) que traemos latentes en nuestro espíritu, listas para desarrollarse. Solo las criaturas desprovistas de un mínimo de sentido común no percibirán que la Era Cósmica también marca el adviento de la Era Espírita. No son los gobiernos del mundo, sino las leyes

de Dios las que determinan esos progresos inevitables. Los hombres tratan sobre esos problemas pensando en el aumento de sus poderes, pero las leyes naturales sirven al Poder de Dios.

El auto-vampirismo y el animismo se asemejan en las causas, en el contenido y en los efectos, estando ambos considerados, en el medio espírita (particularmente entre nosotros, en el Brasil y en toda América Latina) como elementos perturbadores de la práctica espírita, pero en verdad constituyen procesos de gran valía para el estudio doctrinario de elementos probatorios de los principios fundamentales de la doctrina. Tanto en uno como en otro estamos frente a procesos de autofagia, determinados por el solipsismo, por el ensimismamiento del ser, en su apego natural a condiciones hipnotistas de las fases del desarrollo ontológico. Por ello Jesús advertía: "Quien se apega a su vida la perderá, pero quien la pierde por amor de mí, ése la salvará."

En el auto-vampirismo la víctima de sí misma se come por dentro, devora y sorbe sus propias entrañas. Y ese es un fenómeno típicamente endopport-sensorial, excitado por las sensaciones internas de las exigencias genéticas del cuerpo. El ritmo repetitivo de la actividad sexual sube de la libido como un monstruo hambriento e insaciable, dominando todo lo sensorio y alcanzando la mente, donde la visión espiritual se ve perturbada y contagiada, entregándose al delirio de las imágenes alucinantes de gozos y éxtasis sensoriales. Es la propia víctima, entonces, la que atrae a los vampiros, que pasan a acosarla. Se forma así el círculo vicioso que conduce a la víctima a la autodestrucción. El coraje interior, cargado de fuerzas hipnóticas, se ensancha y profundiza con la infestación de los elementos exógenos, atraídos y mantenidos cautivos por la víctima. El agotamiento de ésta es controlado por la implicación de otras víctimas. Por eso el obsedido nazareno respondió a Jesús, cuando le preguntaba su nombre: "Me llamo Legión".

Ese terrible proceso de autofagia se eternizaría en un crescendo alucinante, si Jesús no lo detuviese con su autoridad espiritual. Lo importante es notar que todos los elementos de ese proceso vienen del pasado, probando trágicamente a los ojos de los investigadores la existencia de la reencarnación individual y en grupos y la necesidad de los trabajos mediúmnicos de desobsesión. No conociendo y no aceptando (anticientíficamente) la realidad de esas situaciones, los psicólogos y los psiquiatras modernos no encuentran medios de solucionar los casos que llevan a sus clínicas, y acaban apelando a las tentativas absurdas y criminales de revestir de una normalidad falsa y de fatales consecuencias la condición evidentemente anormal y patológica de las víctimas. En las sesiones espíritas, formándose el ambiente mediúmnico apropiado, el círculo vicioso queda sometido a la presión de las corrientes del ectoplasma emanado de los médiums (de que trató el Dr. Geley) y de los flujos de pensamientos benéficos y tranquilizadores de sus participantes. De esa manera, y con el auxilio de las entidades superiores que atienden a los esfuerzos fraternos de las criaturas empeñadas en el caso, la vorágine negativa se desarma, incumbiendo a la víctima, en lo sucesivo, no retroceder en su decisión de liberarse. La sabiduría popular expresa esa situación en el conocido refrán: "Ayúdate, que el Cielo te ayudará".

En los casos de animismo en las manifestaciones espíritas comunes tenemos la misma situación regresiva. El médium, cayendo en trance,

pierde parcial o totalmente el dominio de la mente y se sumerge en los residuos de sus experiencias pasadas. Una de sus personalidades anteriores se reconstruye en su afectividad subliminal y repunta en la manifestación mediúmnica. Richet, en Francia, e Ímoda, en Italia, verificaron casos de sincronía de personalidades en una misma manifestación; más recientemente, algunos parapsicólogos eminentes, como Carington (Cambridge) y Soal (Londres) verificaron la influencia de ciertos patrones de la memoria que se proyectaban en las manifestaciones. En los grupos de personas humildes, sin conocimientos, esas manifestaciones serían condenadas como *anímicas* **y el médium sufriría la presión del grupo sobre él, como si estuviese cometiendo fraude.**

En el caso de manifestación de personalidades anteriores totales, se trata de una catarsis total, que Freud ni siquiera soñó. Esa personalidad formada por recuerdos subliminales, pasa a la conciencia supra-liminal y se manifiesta por un motivo evidente: ella pesaba en la economía psíquica del médium e influía negativamente en su comportamiento actual. En vez de ser expulsada de la sesión como figura perturbadora, debía ser tratada con la debida comprensión para que se disipase en la memoria del médium. Los casos de doble personalidad pertenecen, por lo regular, a ese campo de interferencias, cuando no se encuadran simplemente en la clase de las manifestaciones mediúmnicas conscientes, por incorporaciones simples. Charcot analizó uno de esos casos en vivo, en una de sus clases, como relata Miguel Vives, aunque recomendando a los discípulos que no se adelantasen en la formulación de ninguna teoría. El maestro se confesaba en la situación de Edipo ante los enigmas de la esfinge. Hoy, en la Universidad de Moscú, el Prof. Vladímir Raikov investiga seriamente esos casos, afirmando que ellos afectan pesadamente a la conducta de muchas personas que recurren a la Psiquiatría sin resultado. La solución de todos esos misterios es una sola: la mediumnidad que Kardec empleó para abrir las puertas del futuro a la investigación científica seria.

De las aves de rapiña a las manifestaciones de doble personalidad, y no raramente a los casos de esquizofrenia, las investigaciones de la Ciencia Espírita y de la Metapsíquica, y ahora las de la Parapsicología, forman toda una secuencia que no puede ser despreciada por aquellos que pretenden realmente ayudar al progreso científico. El desprecio hacia ese acervo riquísimo demuestra, como decía Kardec, la liviandad del espíritu humano. Descartes advirtió a los estudiosos contra dos peligros fatales: la precipitación y el prejuicio, recordando, además, que tenemos la errónea inclinación a confundir el alma con el cuerpo. Los investigadores no le dieron oídos y hoy asistimos al pandemonio de las más lamentables confusiones. Los sistemas cayeron desde hace mucho tiempo en el campo filosófico, pero los sistemáticos procuran aún sostener su frágil y engañosa estructura, oponiendo sus pequeños sistemas de materia plástica a la dura e irreductible realidad de los hechos. Es preciso comprender que la terquedad humana siempre tiene que ceder ante el avance de los conocimientos.

X — VAMPIRISMO TELÚRICO

El vampirismo telúrico es el ejercido por el hombre en la faz del planeta. Los vampiros somos nosotros, que agotamos con nuestra voracidad los recursos de la Tierra. Pero tenemos que iniciar nuestra apreciación del problema en el plano humano, en el proceso de relaciones sociales y particularmente, en el de las relaciones interpersonales, de que se ocupó el Dr. Herenwald en sus estudios y pesquisas clínicas, como psicoanalista y parapsicólogo, en su libro Telepatía y Relaciones Interpersonales. Según sus observaciones, en todos los lugares de vivencia y trabajo la convivencia humana puede degenerar en procesos obsesivos producidos por el hombre, sin intervención inicial de los espíritus, que solo más tarde son atraídos por el cotilleo. En tales casos, en general, las entidades vampíricas acaban integrándose en el medio, imantadas por el magnetismo negativo de la conspiración contra una o más personas del conjunto. Como resultado de sus estudios al respecto, Herenwald propuso añadir al método cuantitativo (bajo control estadístico) y cualitativo (más reciente) de la Parapsicología, del método significativo de la Psicología. Es lo que realmente se hace en los grupos espíritas de pesquisa y trabajo mediúmnico integrados por personas con capacidad para ello. Son pocos los grupos con objetivos científicos, la mayoría se aplica al estudio doctrinario o a la práctica mediúmnica en sentido religioso. Solo podremos hablar de Ciencia Espírita en el Brasil cuando tengamos al menos una Universidad Espírita que disponga de condiciones tecnológicas y personal especializado para realizaciones serias. Lo que tenemos entre nosotros y en toda América Latina son trabajos aislados, generalmente de personas no cualificadas. Para salir de ese atasco y dar un impulso real a la Ciencia Espírita, necesitamos hombres de recursos financieros y elevada comprensión del sentido de la doctrina y de su papel en el desarrollo cultural de los nuevos tiempos. A eso hemos de llegar, si Dios quiere.

Kardec definió con absoluta claridad el motivo de la aparición de la Ciencia Espírita en un mundo en que todas las formas de ciencia quedaron reducidas a una sola cara de la realidad – la material – y a ella confinadas. Toda la realidad espiritual ha sido simplemente puesta de lado como sospechosa. Ante esa arbitrariedad dogmática de la Ciencia, que respondía al desafío de la Iglesia en su mismo plano y con la misma forma arbitraria, solo les restaba, a aquellos que no aceptaban ninguna de las dos arbitrariedades y a los espíritus libres e insumisos, recurrir a la pesquisa individual. Fue lo que hizo Kardec, lanzándose valientemente al trabajo solitario de investigación rigurosamente científica de los fenómenos mediúmnicos. Gracias a ese rigor y a una perspectiva superior del problema, del punto muerto en que había caído el desarrollo cultural, Kardec diagnosticó con seguridad el estado patológico del mundo y recetó lo correcto: ampliación de los conocimientos humanos para favorecer la ayuda espiritual de las entidades protectoras del planeta. Y casi siempre solo, – en la dura soledad de los que se adelantan a su tiempo – asesorado a veces por cortos de vista (en el plano humano) logró preparar la fórmula salvadora y arrancar el conocimiento de las garras vampíricas de hombres y espíritus fascinados por las ilusiones terrenas.

Para comprender su posición en el proceso cultural aún en desarrollo, basta ver que la Ciencia del Espíritu aún hoy permanece marginada en la cultura terrena. Todavía hoy los hombres no han percibido – a pesar de las

enfermedades, de la muerte, de las guerras, de las bombas atómicas y nucleares, de las vorágines del cáncer y de los infartos – no han despertado para la percepción de la fragilidad de la criatura humana y para la inmortalidad y grandeza del Espíritu. Continúan ciegos, sordos y mudos ante el enigma de su propia naturaleza y de su esencia.

Por eso el vampirismo se ha convertido en la endemia planetaria que crece y se extiende más rápida que el tiempo. Kardec fue el pionero de la investigación científica del espíritu y el prototipo del científico de los milenios futuros. Todas las Ciencias de lo Paranormal y del atomismo han nacido de sus manos de escrutador de la doble realidad humana y terrena. Pero ¿dónde están sus continuadores, que no lo reconocen en la Carretera de Emaús, o en el partir del pan? En ese gesto familiar los discípulos de Cristo lo identificaron en la posada pobre, a la orilla de la carretera. Kardec repartió sin cesar su pan entre los pocos discípulos que le fueron fieles y los varios judas que desde su tiempo hasta nuestros días continúan traicionándole. Y ninguno de esos discípulos le da reconocimiento en sus obras, negándolo en la vía marginal que él recorre, humildemente recogiendo y orientando a las criaturas errantes que los grandes maestros de la Tierra han abandonado al margen de la cultura. Fiel a Pestalozzi, ese nuevo tipo de ladrón de niños, como le han llamado en los medios pedagógicos, Kardec aún sueña con el Castillo de Yverdon de los nuevos tiempos, que el vampirismo oculta en sus negras bandadas de murciélagos que revolotean sobre toda la Tierra. Los judíos prefirieron a Barrabás, quien al menos luchaba por la liberación de su tierra y de sus tradiciones espirituales. Los espíritas de hoy han husmeado supuestas reencarnaciones del maestro en las veredas escusas de la mediumnidad envilecida, como si él, Kardec, fuese también un espíritu errante que no se fijó en los planos elevados y espera una orden para bajar a una nueva reencarnación.

Analicemos rápidamente la acción de Kardec en la Tierra para observar si su obra se ha completado o no en su último viaje a este pobre y desfigurado planeta. Él demostró la doble naturaleza de la Tierra, como mundo hipostático semejante al de Plotino. Ese mundo, que es la realidad física en que vivimos, está constituido de dos elementos fundamentales: espíritu y materia. Mostró que el hombre se ha dejado fascinar por la materia, a ella se agarra como un náufrago del espíritu, entregándose únicamente a la Ciencia de la Materia. Para corregir ese desvío de la percepción humana, fundó la Ciencia del Espíritu, que debía desarrollarse *pari passu* **con su compañera. Sin embargo la Humanidad terrena quiso tocar, con el dedo de Tomás, las llagas de la traición por los científicos materialistas, que están en los estigmas de la propia condición humana. Esos Tomases frustrados condenaron por propia quiebra a la Ciencia del Espíritu. No obstante, el Espíritu no ha desaparecido, tragado por la vorágine de las supersticiones que la Ciencia material ha reducido a la nada sartreana. El Espíritu continúa ahí, estructurando la materia y dándole la consistencia ilusoria que los hombres necesitan para vivir. Y a partir de fines del siglo pasado han comenzado a surgir nuevos retoños de la Ciencia del Espíritu, todos ellos moldeados en el esquema de investigación de Kardec y obedientes a los procedimientos metodológicos del maestro. Kardec ha vuelto, no en el cuerpo material que los materialistas conocen, sino en el cuerpo espiritual de su concepción del**

mundo y del hombre. Nadie lo ve ni lo encuentra reencarnado, pero él está presente en el desarrollo de la Ciencia que fundó y plantó en el suelo del planeta. La Metapsíquica, la Biopsíquica, la Física Trascendental, la Medicina Psicosomática, la Parapsicología, la Antropología Cultural, ahí están, ante nuestros ojos y al alcance de nuestros dedos. La obra de Kardec, completa y perfecta como una simiente con todos sus potenciales invisibles, ha quedado enteramente completada por su fundador. Y tanto es así, que germina en la propia aridez de la cultura materialista. Kardec responde: "¡Presente!" cada vez que lo llaman en el ámbito de esas ciencias. Los que alegan que es una obra del siglo pasado, y por tanto trasnochada, no la conocen. Son en general criaturas pretenciosas y sin conocimientos, incapaces de comprender el valor y el significado de un trabajo de esa naturaleza. Quien no la estudie con ahínco y atención podrá iludirse con su aparente sencillez. Pero esa sencillez, en una obra que trata temas tan profundos, solo los genios la consiguen. Como el *Discurso del Método*, **de Descartes, toda la obra de Kardec está estructurada en una síntesis didáctica en la cual una palabra o una frase leída sin atención impiden comprender de problemas fundamentales, principalmente en las cinco obras de la Codificación.**

Hecha esta digresión necesaria, indispensable para la buena comprensión del tema, podemos volver a él. El vampirismo telúrico propiamente dicho es una deformación del parasitismo natural en que vivimos en el planeta, del cual extraemos todo cuanto necesitamos para nuestra existencia terrena. Los que han vivido en tiempos más felices que el actual, desde el comienzo hasta mediados de siglo, saben que la vida era más tranquila y feliz, las cosas estaban más a mano y la naturaleza nos ofrecía su cara maternal y protectora por todas partes. El progreso, generando y desarrollando la Civilización, como subrayaba Kardec, en tiempos de la *belle époque*, **creó nuevas necesidades para el hombre, nos complicó la vida y nos llevó rápidamente a una actitud de vampirismo con relación al planeta, devastando sus bosques, contaminando su atmósfera con sus ambiciones desmedidas. Nada ha escapado a esa furia de enriquecimiento rápido, de alienación del espíritu en las comodidades de lo superfluo. Hemos perturbado por todas partes los procesos mesológicos naturales, hemos cambiado violentamente el modo simple de vivir, y caído en la trampa de la pedantería y de la sofisticación. Nos hemos desnaturalizado. Hemos roto nuestras relaciones normales con la Naturaleza y pasado a explotarla con violencia, a abusar de su generosidad y de la hospitalidad que nos ofrecía con gratuidad y bondad. Podemos decir, como Rousseau, que hemos caído en lo mundano, perdiendo la natural bondad que Dios nos había concedido en el Edén de los primeros tiempos. Vampirizándonos mutuamente, hemos vampirizado a la Naturaleza, dilapidando sus recursos que parecían inagotables, y hemos tenido que sufrir las consecuencias de ese abuso criminal y suicida. Kardec advirtió que esas fases de progreso acelerado nos llevan a condiciones mejores, pero parece que las perspectivas terrenas se vuelven cada vez más amenazadoras. Ello porque hemos entrado en un delirio de vampirismo, resultante de la falta de una indispensable comprensión espiritual del mundo y de la vida por nuestra parte. Dios no nos pune, no nos castiga, pues su objetivo es nuestra evolución, el desarrollo de todo nuestro potencial divino. Pero las leyes – que son todas las leyes naturales**

y no solo las leyes morales de la conciencia – están formadas por la acción y reacción que muy bien conocemos. Conscientemente, por tanto, nos castigamos a nosotros mismos, desencadenando, con nuestras acciones inconscientes, las inconscientes reacciones de las cosas y de los seres. Si no despertamos a tiempo de ese delirio, recurriendo a la razón para encontrar nuevos caminos, seremos llevados a la locura y al genocidio. La Humanidad se verá asfixiada por sus propios abusos, en la devastación de las bombas atómicas, entre las cuales ya figura la bomba suicida por excelencia, la bomba de neutrones, que no dejará señal de vida en el planeta, convertido en sepulcro sideral. Pero como en la Naturaleza nada se pierde, todo se transforma, seremos transformados en criaturas marcadas por la terrible experiencia, que volverán a poblar la Tierra en otros tiempos, inimaginablemente lejanos. Entonces quizá recordemos, en la Tierra que renacerá esperanzada, que somos espíritus y no bichos dotados de una inteligencia mal empleada en las garras del vampirismo.

Según la teoría del Universo Oscilante, de Öpic, recordando *El eterno retorno* **de los griegos antiguos, el Universo se abre y cierra en lo Infinito, en sístoles y diástoles, como un corazón gigantesco. En esas oscilaciones marcadas por un ritmo de millones de años, los mundos como el nuestro desaparecen y vuelven a recomponerse. Sería ese el ritmo de la evolución universal. Sea o no así, el caso es que el eterno retorno de las cosas y de los seres se confirma científicamente en las micro-pesquisas permitidas por el sensorio humano. Pero el** *eterno retorno*, **como podemos ver también en la estrecha franja de nuestras experiencias, no es repetitivo sino progresivo, realizándose en espiral evolutiva. Rainer María Rilke se consideraba como un halcón volando, en círculos crecientes, en torno a una torre milenaria – Dios – para alcanzar, si posible, la última espiral en lo Infinito. ¿Haremos como él o caeremos exhaustos en una espiral inferior, subyugados por los vampiros? Eso depende de nosotros. Si tratamos de mantener el vuelo hacia las alturas, tendremos a nuestro favor las fuerzas de la evolución. Si nos sentimos desprotegidos y llamamos a las bandadas de vampiros en nuestro auxilio, volveremos al suelo del planeta. No podemos impedir que los vampiros nos sigan y se posen sobre nuestras cabezas, pero podemos ahuyentarlos para pensar y querer por nosotros mismos.**

En el vasto proceso universal del vampirismo aprendemos la lección de la responsabilidad individual intransferible. Afectándonos con sus perjuicios, el vampirismo muestra la necesidad de liberarnos de toda dependencia y sujeción, para actuar por nosotros mismos, confiando en nuestras fuerzas. La dependencia de otro o de otros es siempre una prueba de infantilismo. El niño vampiriza a la madre desde la vida intrauterina hasta aprender a alimentarse por sí mismo. Los hijos vampirizan a los padres. La familia se mantiene, por lo regular, según un sistema de vampirismo mutuo o recíproco. En las clases y agrupamientos sociales el vampirismo es colectivo e incluso masivo. Las cúpulas sociales vampirizan a las clases inferiores de manera consciente y metódica, haciendo de las estructuras sociales poderosos sistemas vampíricos reglamentados por las leyes. En el interior de esas estructuras el vampirismo endógeno se desarrolla en las relaciones de trabajo, donde las necesidades vitales determinan la aparición de grupos de sub-vampirismo perfectamente organizados. Los trabajadores dependen los unos de los otros y, por fuerza

de esa dependencia, el vampirismo repunta por todas partes, travestido de proteccionismo. Los vampirismos ideológicos son los más evidentes y peligrosos en sus actividades proselitistas y dominadoras. El vampirismo es bifronte: protege y succiona al mismo tiempo a sus víctimas indefensas. Ese cuadro social del vampirismo telúrico puede ser atenuado en sus colores por un régimen político abierto y por lo tanto democrático, en el cual se procure armonizar los derechos individuales con los deberes colectivos. Pero contra esto militan las fuerzas de la estandarización milenaria y universal, de la mentalidad acomodaticia, del horror al caos y a la reprobación legal. El vampirismo es, así, la dolencia congénita y constitucional del hombre, que solo puede librarse de él mediante el desarrollo de una conciencia plena y activa de los deberes y compromisos de la vida en sociedad. No hay más que una salida para la libertad: la Conciencia.

XI — DINÁMICA DE LA CONCIENCIA

La conciencia es el centro dinámico del ser, estructurado por la esencia de las experiencias sufridas y vividas a través de la evolución creadora. No hay propiamente una ontogénesis, pues lo que generalmente se define con esa expresión es el desarrollo de la mónada en sus potencialidades divinas. La mónada es la chispa del pensamiento creador de Dios que encierra en sí el esquema arquetípico del hombre. Cuando decimos *hombre* **no nos referimos a este o aquel hombre, sino a la idea de hombre, según la teoría platónica. El** *Mundo de las Ideas*, **de Platón, es el pre-mundo de la** *res*, **de la cosa objetiva, sensible, susceptible de captación por el sensorio. La chispa creadora del pensamiento divino (de Dios) proyectada, una y perfecta, en el caos de la materia, es lo que estructura la mónada, partícula infinitesimal del átomo y de las partículas atómicas. La primera estructuración de la materia por la chispa divina es la de la mónada, que se reviste de materia, cosificándola, o sea, convirtiéndola en cosa, objeto sensible, material. Esa es asimismo la primera manifestación del espíritu en la materia. Ese es el momento de la creación, que las religiones simbolizaron en el** *fiat* **o** *hágase*, **la palabra de Dios ordenando el mundo en la génesis.**

Kardec presenta la materia como estando dispersa en el espacio cósmico y siendo estructurada por el espíritu. El mundo, que era solamente Idea, se cosifica en el primer acto de materialización de las formas ideales produciendo la mónada y a continuación, el mundo.

Los siete días de la creación del mundo simbolizan siete instantes del proceso creador de toda la realidad. Todo lo que denominamos real (expresión que viene de *res*, **cosa) es idea transformada en cosa. Por eso podemos decir que la conciencia es una cosa esencial del Hombre, que representa la naturaleza humana. De esa manera, la conciencia es, en sí misma, dinamismo interno y estático, dotado de las funciones de proyección externa de la mente y de la inteligencia. La mente capta la realidad a través del sensorio, piensa y transmite pensamientos a través del cerebro y la inteligencia penetra en el sentido de esa captación, analizando la naturaleza de las cosas y estableciendo las connotaciones para la práctica racional de la comprensión del mundo. Es conexión directa de la conciencia con el mundo arquetípico, desplazando la mente del sensorio hacia la superación del mundo fragmentario de la materia.**

Para Frederic Myers la mente se divide en: supra-liminal, destinada a operar en el plano de la realidad sensible, y subliminal, cuyas funciones se refieren al plano de lo inteligible o supra-sensible, correspondiente al mundo arquetípico.

Comprendiendo este esquema, aunque toscamente esbozado, podemos evaluar los recursos de que el hombre dispone para enfrentar y resolver el problema del vampirismo, en el control consciencial de su conducta. La voluntad, que es potencia instintiva, puesta en acción por la mente, dispone siempre de energías vitales para repeler las tentativas de infestación vampírica. Mediante el entrenamiento de la voluntad, ahuyentamos el miedo y la cobardía instintiva de la animalidad, que son los principales colaboradores del vampirismo. Por medio de la inteligencia cultivada y entrenada, arrancamos la mente a los planos de los instintos destructores del vampirismo y la elevamos a los planos superiores del espíritu. La batalla es larga, difícil y penosa, pero la victoria lograda inviste

al hombre en sus poderes superiores, reajustándolo en su posición y en su comportamiento humanos, que lo distinguen de las especies animales.

La tragedia humana resulta de la contradicción constitucional del hombre, en la dualidad espíritu-materia, que lo obliga a arrastrar el fardo de la animalidad en la ruta hacia la condición angélica. ¿Cómo puede un aspirante a ángel empujar por las laderas del Olimpo esa carga imantada de magnetismo terreno? El concepto de Unamuno, de que el hombre es un drama, corresponde bien a lo que denominamos condición humana. El dramatismo de la existencia genera varios tipos de contradicciones, como: sentimiento de fragilidad y ambición de poder, apego a la materia y aspiraciones espirituales, instinto vital y certidumbre de la muerte, anhelo de paz y exigencia de guerra, búsqueda de la verdad y necesidad de la mentira, amor y odio y así sucesivamente, en una secuencia interminable de oposiciones inconciliables en el ser, que solo puede ser uno y tiene que desdoblarse y multiplicarse para alcanzar su integridad como ente. Camus presenta ese caos en el Mito de Sísifo, el ser que hace rodar sin cesar un tonel colina arriba y lo deja volver abajo para nuevamente volverlo a subir, y eso sin interrupción. Sartre exclamó: "El hombre es una pasión inútil". Pero todas esas figuraciones partieron de un presupuesto único, el de la naturaleza exclusivamente material del hombre. Cuando añadimos a esa visión trágica el concepto de espíritu, todo se modifica. Fue lo que hizo Kardec, mostrando que todas las contradicciones del hombre son dialécticas y se resuelven en las síntesis superiores del desarrollo de potencialidades divinas. El objetivo de la condición angélica es alcanzado por el hombre cuando, venciendo todas las contradicciones, descubre en sí mismo el poder del espíritu, haciéndose espíritu en la duración, que es la inmortalidad en un concepto dinámico y no estático de la inmortalidad. Por ello Heidegger afirmó, como filósofo del ser y no de la existencia: "El hombre se completa en la muerte." Al decir esto, el filósofo mató a la muerte, lo cual equivale a decir que el amor de la sabiduría, o la sabiduría del amor (como dijo Platón) mató a la esclavitud de la carne.

René Hubert, neokantiano, sostiene hoy que el hombre es conciencia en desarrollo. Y nos presenta la dialéctica de la conciencia en términos auspiciosos. La conciencia práctica del hombre común evoluciona para y contra la conciencia teórica del aspirante a la sabiduría. La fusión de los contrarios (no la contradicción, sino la fusión, según la tesis de Hameleim) se resuelve en la síntesis de la conciencia estética, en que predomina el sentimiento de lo bello y de la armonía. Se hace posible entonces, en la Tierra, la implantación de la República de los Espíritus, fundada en la solidaridad de las conciencias. La perspectiva de ese cambio, que coincide con el sueño cristiano del Reino de Dios en la Tierra, parece prolongarse hasta lo infinito. Pero, de cualquier manera, Hubert nos invita con una esperanza y al mismo tiempo justifica la situación actual como transitoria. Ingenieros, en "El Hombre Mediocre", señala la predominancia asfixiante en el mundo. No obstante, admite que la evolución cultural pueda incrementar las filas de los soñadores, que, por su superioridad consciencial de elite pudiesen transformar la realidad desoladora de nuestros días. Por otra parte, la teoría de Karl Mannheim sobre la utopía, considerándola como precognición de realidades, puede también alentar nuestras esperanzas. Kardec, en un estudio sobre la evolución social del planeta, nos hace guiños con la victoria, que considera inevitable, de la

Aristocracia Intelecto-Moral, que daría el gobierno del mundo a los grupos superiores. El desarrollo intelectual de la Humanidad, *pari passu* **con el desarrollo moral, liquidaría los últimos vestigios de barbarie en el planeta. Claro que la moral prevista no es la común, esa moral cerrada que nace de las costumbres y de las sacristías, sino la Moral Abierta de Bergson, determinada por la conciencia estética.**

Los intereses prácticos de los hombres son alimentados en la avidez, en la codicia y en el egoísmo de la mayoría, provocando el vampirismo voraz. Pero no hay duda de que las condiciones conflictivas, en el juego de las conciencias prácticas, no se resolverán por sí mismas. Y podemos contar con que las aspiraciones del alma humana, esas *vagas aspiraciones* **de que trata Kardec, adquieren más vigor en la proporción en que el hombre se aproxima a su realización como espíritu. El materialismo nada más ofrece a los hombres que la nada ilusoria de las conquistas materiales, con la nada final en la tumba o en la fosa común. Al otro lado, el espiritualismo propone la solidaridad humana en la Tierra y la belleza y armonía en las hipóstasis espirituales de Plotino, los mundos superiores en que las utopías se convertirán en realidades vivas. No se trata de hipótesis ni cuentos del lobo feroz inventados por videntes alucinados o teólogos perturbados por visiones místicas, sino de realidades concretas confirmadas por múltiples y rigurosas pesquisas científicas. Solo pueden dudar de tales realidades, en nuestros días, las criaturas culturalmente desactualizadas, los espíritus livianos y los espíritus sistemáticos, todavía hoy prisioneros en el lecho de Procusto. Quienes posean algún conocimiento de Ciencia y acompañen la carrera científica actual en que se empeñan las más fuertes potencias mundiales y los más respetables centros universitarios del mundo, saben, pero saben de veras, con datos positivos e irrebatibles en la mano y una gota de luz en el cerebro, que la realidad de la supervivencia del hombre a la muerte del cuerpo es tan cierta como el hecho de que hemos nacido y tendremos que morir.**

Las religiones actuales, monstruos antediluvianos, remanentes de épocas de terrorismo clerical, esas pobres religiones engurruñadas en la vejez de sus crímenes asombrosos, luchan hoy para escapar al diluvio de terrores que lanzaron en la Tierra, desmintiéndose ahora a sí mismas, negando las supuestas verdades de sus dogmas y de sus hogueras santificadoras y sosteniendo aún la existencia del Coco, que roba las almas a Dios para las calderas del Infierno. Representan los últimos vestigios del misticismo del terror, tomando ahora aires de defensores de la libertad y de la dignidad humana. Caducas, esclerosadas, desprovistas de una sola gota de sangre en las venas marchitas, disponen únicamente de una sobrevida otorgada por médicos que no creen en sí mismos. La sucesión de las generaciones, como preveía Kardec, exterminará fatalmente los postreros signos de esos vampirismos organizados que devastaron el planeta en nombre de Dios. Y tanto es así, que los teólogos modernos, temerosos de enfrentar a Aquel de cuyo nombre han abusado durante milenios sin procuración, decidieron instalar con urgencia el complot teológico de la Muerte de Dios, teniendo al frente la fanfarria festiva e inconsecuente de las nuevas teologías radicales, nacidas en los campos de concentración y en las cámaras de gas de la última conflagración mundial.

Los problemas de conciencia, en el tenebroso pasado teológico, se resolvían en el confesonario, donde clérigos piadosos perdonaban pecados

por su propia cuenta. Los hombres de entonces alardeaban de ser los *hombres del rito*, **generalmente masones o clérigos. Del ritualismo de las civilizaciones soterradas en los desiertos de las sobrevivencias supersticiosas de las civilizaciones conclusas, los rituales, los sacramentos, las bendiciones y las maldiciones formaban las estructuras ficticias de los cultos tenebrosos, con los residuos brutales, magia basada en la sangre, en el cilicio masoquista y en la muerte. La cruz romana, sacrificio infamante, era convertida en símbolo sagrado porque en ella, entre dos infelices condenados, los rabinos del Templo de Jerusalén hicieron morir, sangrando y escarnecido, al Redentor de la Humanidad. Y si hasta el Mesías sufrió ese castigo infamante, ¿por qué extraña razón los herejes comunes, desprovistos de inmunidades sacerdotales, no podían ser quemados vivos, a fin de, con el suplicio del fuego pasajero de la Tierra, posiblemente librarse del fuego eterno de las calderas del Diablo, donde tendrían que freírse durante toda la eternidad? San Agustín, que se nutría en Platón, llegó a afirmar que la mayor delicia de las almas bienaventuradas en el Cielo era ver en estertores a las almas desgraciadas, cuando manos diabólicas o piadosas levantaban la tapa de las calderas del Infierno. De toda esta inmensa miseria cultural y moral nacían al mismo tiempo, como hermanas siamesas, la fe ciega, que no necesitaba las vendas de la Justicia en los ojos vacíos, y el sacerdocio, de paramentos dorados y púrpura sanguínea de las matanzas a espada.**

La conciencia humana dormía en los socavones del inconsciente y el vampirismo se extendía por la Tierra de Caín en las deformidades humanas. Hablar en conciencia era amenazar a campesinos y a sabios con la condenación pasajera y cruel de los tribunales sagrados, y la condenación eterna, irremisible, de la Ira de Dios.

Los traumas de ese terror sin límites nos aplastan aún hoy a todos nosotros, verdugos y víctimas al mismo tiempo en la estela de las vidas sucesivas. La introyección de esas oleadas de terror en el inconsciente colectivo ha sido el único diluvio verdadero que avasalló, no solo al planeta, sino a toda la Humanidad. La represión de los instintos genésicos, las auto-flagelaciones místicas, las abstinencias forzadas por las amenazas sobrenaturales, el celibato obligatorio que lleva al fingimiento y a la hipocresía sistemáticos, han producido frustraciones, recalcaduras, perturbaciones y envilecimiento de la personalidad en multitud de criaturas a lo largo de casi dos milenios. La dolorosa y pesada cosecha, sembradura de tullidos afectivos y espirituales, cayó aplastante sobre nuestro siglo. Un psicoanálisis de esa escabrosa realidad mostraría que ha hecho más víctimas que todas las pestes que han devastado el mundo en estos tiempos y que, aún hoy, intelectuales también marcados y deformados por ella, quieren justificar y no raramente incluso exaltar. La cultura medieval, como denunció Huxley, fue un impacto de la impostura en el mundo cristiano en elaboración, que intentaba formarse sobre los cimientos del Evangelio escamoteado al pueblo. La simonía más escandalosa corroía las buenas intenciones de aquellos que soñaban con el Reino de Dios en la Tierra.

El hombre es un ser religioso, trae en su esencia la ley de adoración, que lo lleva, frente a los obstáculos y celadas de una realidad mundial atormentada, a adorar desde a las vacas y a los monos en la India hasta a los ídolos precarios de las religiones vampíricas y a los charlatanes que se

hacen de santos, y a los profetas codiciosos, misioneros por cuenta propia. Solo la dinámica renovadora de la conciencia despierta, vigilante y activa, capaz de integrarlo en sus nuevas responsabilidades personales e intransferibles, podrá salvarlo de las nuevas fascinaciones del vampirismo astuto en esta hora de transición a una nueva fase histórica. El conocimiento real, y por tanto científico, de su naturaleza espiritual, es deber inalienable de todos cuantos se sienten capaces de contribuir para el despertar de las conciencias aún adormecidas. Somos nosotros quienes hacemos el mundo de los hombres en que vivimos. Dejar que otros lo hagan en provecho propio es traicionarnos a nosotros mismos, a la Humanidad sufriente y al destino superior que Dios nos otorgó.

XII — VAMPIRISMO CÓSMICO

Considerado el vampirismo en su aspecto natural de ley simbiótica que rige los intercambios en todo el Universo, no podemos olvidar su importancia en el plano cósmico. Ya hemos visto que el vampirismo negativo resulta de alteraciones en esa ley, siendo por tanto anormal. La anormalidad proviene precisamente de desvíos ocurridos en el proceso simbiótico, que le han desvirtuado su finalidad, desfigurando su proceso normal y benéfico, convirtiéndolo en agresivo y pernicioso. La palabra vampirismo, precisamente por eso, es la que mejor define las deformaciones de este proceso. En el vampirismo cósmico, según parece, las deformaciones no llevan a alteraciones perjudiciales, sino tan solo a desvíos de órbitas y otras perturbaciones que prontamente se rehacen por la mecánica celeste. Esto, sin tener en cuenta la posibilidad, cada vez más evidente, de la existencia de poblaciones cósmicas, de seres humanos semejantes a nosotros.

La estructura de nuestro sistema solar nos ofrece un esquema típico de vampirismo. Los planetas y satélites giran en torno al astro superior, a distancias equilibradas, sorbiendo las energías solares como vampiros astronómicos. Se mantienen en órbita gracias a las fuerzas centrípetas y centrífugas del Sol. La ley de dependencia está bien evidente en el sistema. Las comparaciones, hoy muy empleadas, del sistema solar con los átomos, nos revelan la universalidad del sistema y lo entrañan en la propia estructura de la materia. Así se acentúa la naturalidad de los procesos vampíricos, que van del alfa al omega de la propia constitución cósmica.

Hemos reservado el adjetivo *vampírico* **para la cualificación de los procesos anormales y el adjetivo** *vampiro* **para los procesos normales.**

El problema de la Luna sugiere una duda: la extinción de su atmósfera ¿no habría sido producida por acción succionadora del Sol o de la propia Tierra? Aunque esto no afectaría en nada a la cuestión, ya que de cualquier modo la verdad es que esa posibilidad refuerza la del vampirismo cósmico. La Luna también es vampirizada por la Tierra, a través de la acción también vampírica de las múltiples influencias lunares sobre el planeta, en todos los sentidos. Las piedras lunares que los astronautas norteamericanos fueron a buscar precisamente a ese satélite se encuentran, aquí mismo, en abundancia, pues la Tierra las atrae continuamente. Tierra y Luna formarán en el futuro un sistema integrado de intercambios, según proyectos ya existentes para la utilización por parte de la Tierra del mundo lunar. Entonces la Luna se hará mucho más romántica y poética de lo que es hoy, será una especie de Shangri-La del espacio sideral, con sus casas de cristal y sus jardines de invernadero, impregnados del magnetismo suave de un mundo muerto que resucita. Se han equivocado aquellos que proclamaron la extinción del romanticismo de la Luna, cuando los hombres empezaron a andar sobre ella a saltos de canguro. La Luna se ha enriquecido en aquel mismo instante, al verificarse las primeras hazañas humanas en su suelo de arenas y cráteres. La imaginación de los poetas y romancistas cuenta hoy con más elementos románticos para tratar sobre la Luna en sus obras.

Desde el momento en que no se ha encontrado señal alguna de vida en la Luna, la soledad astral del planeta se ha vuelto mucho más excitante para la imaginación onírica. La posibilidad de urbanización futura del satélite, con el trasplante de flora, animales y personas a la Luna,

restableciéndose su atmósfera por medio de una reforestación artificial, revelará un aspecto nuevo de las manifestaciones vampíricas en el cosmos. La Tierra empezará a pagar a la Luna lo que le debe desde hace millones de años, por las influencias benéficas de ese satélite sobre su atmósfera y su suelo, en el control de las mareas oceánicas, en la vida de su vegetación, su fauna y su población, e incluso en el control, recientemente descubierto, que ejerce sobre las erupciones volcánicas, necesarias para el alivio de la presión interna de la pirosfera terrena. Viajar a la Luna ya no será únicamente un acto turístico de la Era Cósmica, sino además un acto de integración del hombre en el Cosmos, que le permitirá escrutar las visiones secretas de la inmensidad desconocida, modificando los conceptos erróneos que alimenta hasta ahora la grandeza sin límites.

Pudiendo abrir de par en par la ventana de la Luna sobre el Cosmos, el hombre, acostumbrado a estar imantado al suelo de la Tierra, sentirá la fascinación de una realidad nueva. Entregándose poco a poco a las romerías en el espacio sideral, aprenderá haciendo – ya que solamente así se aprende – la lección de la eternidad dinámica, en contraste con la estática efímera de la vida planetaria. Ya se perciben hoy, por los reflejos de las primeras hazañas astronáuticas – aún tímidas, como los primeros vuelos de un pájaro recién nacido – que la visión humana del mundo y de la vida se ha ensanchado de manera sensible. Los científicos actuales ya se muestran más capaces de aceptar la existencia posible de mundos habitados en el espacio sideral y de comprender la naturaleza extra-física, según Rhine, del hombre terreno en otras dimensiones de lo real. Esas modificaciones conceptuales en la Ciencia rompen la rigidez dogmática del pasado en lo concerniente a los métodos de investigación, pues ya han demostrado la quiebra de lo sistemático en todos los campos del pensamiento investigador. El científico dogmático, inflexible en sus exigencias metodológicas, representa hoy la resistencia de lo convencional frente a los nuevos descubrimientos que surgen por todas partes en todas las ciencias. Ese científico aparece como un barquero encallado en un banco de arena sobre el curso de un río. Un poco hoy, un poco más mañana, el banco se deshará y él será arrojado a los retos del futuro como un imprudente.

El problema del vampirismo está hondamente vinculado al progreso de la Ciencia, como hemos visto. Porque es un problema ontológico, en el proceso de ajuste del hombre a la realidad. Nuestra imaginación, ligada a las aspiraciones de trascendencia, a las exigencias naturales de superación de lo inmediato, aún es estimulada por los impulsos del inconsciente, movidos por el instinto espiritual de que trató Kardec. Ese instinto se nutre de las reminiscencias de otras vidas, que, según Kardec, estimulan nuestras tendencias de elevación. Al desarrollar el método socrático de la mayéutica en sus estudios, reconoció que la existencia de ideas innatas en el hombre, y de recursos culturales latentes, demostraba el tránsito del espíritu por experiencias anteriores al nacimiento. Freud, que se mantuvo en los límites estrechos de una sola vida – negándose a penetrar con Jung en mayores profundidades – descubrió el archivo secreto del alma, comprobando sin querer el descubrimiento milenario de los griegos. En el vampirismo esos contenidos ocultos del pasado facilitan el restablecimiento actual de esas afinidades remotas. La falta de conocimiento de esta circunstancia no permite a los psicoterapeutas actuales encarar el

problema en su realidad. Ellos se desvían hacia teorías más del agrado de nuestro tiempo de liviandad, y arrullan los procesos vampíricos en la cuna ilusoria de las impresiones sensoriales. Los resultados son deplorables, como reconocen las personas de buen sentido. La búsqueda de novedades, excitada por los cambios en esta hora de transición, lleva incluso a especialistas experimentados a creer en la eficacia de los métodos más absurdos y a aprobarlos. Por otra parte, los clientes, ya naturalmente perturbados por el vampirismo y por sus propios desajustes, se dejan arrullar en las prácticas desastrosas actuales, siempre dispuestos a rechazar los resultados experimentales a cambio de posiciones estrafalarias, como los sabihondos del tiempo de Richet. Se confirma la verdad pitagórica de que la Tierra es la morada de la opinión. La Ciencia rigurosa, incluso aplicada por maestros de renombre, es suplantada por la impostura y la inconsecuente cohetería de los dogmáticos.

De las investigaciones serísimas de la Gestalt, la Psicología de la Forma, que abrió nuevas perspectivas en los estudios sobre la percepción, se extraen deducciones arbitrarias que rebajan a la Psiquiatría al nivel de los malabaristas de feria. Para curar la fobia a los perros, psiquiatras y clientes se exhiben en televisiones jugando a ser perros que se huelen y se lamen, sacuden la cola ante las cámaras televisivas, para asombro de todos. Y si algún cliente asustado consulta sobre esto a un psiquiatra serio, la respuesta es desconcertante; para obediencia a la ética profesional, es que se trata de experimentos científicos comprobados. El envilecimiento de las ciencias pasa por encima del respeto a la ética, del respeto humano e incluso de la inocencia de los perros. Pero las personas ingenuas, amantes de novedades, se sienten integradas en la actualidad, se congratulan por su capacidad de adaptación a los nuevos tiempos. La moral de la fábula, que subsiste, pese a todo, recuerda la ironía de Voltaire sobre la pedagogía del retorno a la Naturaleza, de Rousseau: "Hemos de volver a andar a cuatro patas". La ironía era injusta, el ginebrino genial no quería eso, pero en el caso actual podemos parodiarlo sin temor a ser injustos: esa psiquiatría canina quiere representar el papel de una Circe, que con su varita mágica convirtió a los marineros de Ulises en cerdos.

No se puede pensar en extinguir el vampirismo por medio de esta o aquella medida específica. En la Roma antigua no había solo festines mundanos en homenaje a los dioses mitológicos. Las procesiones en homenaje a los manes, a los ancestros protectores de las familias, constituían un tributo de gratitud a los espíritus familiares, que ahuyentaban a los vampiros, aquellos mismos *íncubos y súcubos* **que más tarde, en los monasterios y conventos medievales, asaltaban a frailes y monjas en sus lechos para excitarlos sexualmente. En el Egipto antiguo, con sus templos monumentales, pese a las momificaciones de los muertos, se empleaban ritos especiales para ahuyentar a los vampiros, en toda la Mesopotamia, en la vieja Catai, que hoy conocemos por China, en el Japón, en la India, en la Persia y en el Oriente, por todas partes, y especialmente en la vetusta Sumeria, de antiquísimas y asombrosas tradiciones, entre las cuales las de las procesiones desnudas, todo se hacía por alejar a los vampiros y sus influencias maléficas. Para curar el vampirismo en aquellos tiempos, en que las supersticiones más absurdas creaban un clima propicio a las infestaciones, tendríamos que escribir numerosos volúmenes de historias de terror.**

El misterio de esas manifestaciones originó los conceptos de *sagrado*, *profano* **y** *diabólico*, **asimilados por todas las Religiones y Órdenes Ocultistas del mundo. El desarrollo de las Ciencias Positivas, que debería sustituir las antiguas ciencias mágicas del pasado, tropezó en las murallas de supersticiones y creencias de un pasado milenario, que no cedía a los impactos de la razón. La elaboración de un cristianismo fantasioso, cargado de elementos mágicos y míticos, permitió a Europa acoger y absorber las poblaciones bárbaras que abatieron el Imperio Romano de Occidente, y más tarde, el Imperio Bizantino de Oriente. De esa dialéctica histórica surgió la síntesis medieval, en el mayor y más asombroso sincretismo religioso de todos los tiempos, el Catolicismo Romano. Un vasto proceso de vampirización en masa, que pretendía dominar todo el mundo, aunque no lo consiguió, gracias a las barreras erigidas por las religiones orientales. Las Ciencias Positivas pagaron caro las primeras etapas de su desarrollo. Para defenderse de las presiones de la Iglesia tuvieron que alejarse de los problemas de lo sagrado y se fueron confinando en la investigación de la materia. La cultura se dividió en dos partes antípodas. Incumbió a la Ciencia la investigación de la materia y a la Iglesia la autoridad exclusiva y absoluta para tratar los problemas espirituales. De ahí la esquizofrenia catatónica de nuestro tiempo. El Espíritu del Mundo se había dividido al medio, perdiendo su unidad natural. Pero no fueron los científicos los responsables por todo esto, fue el Clero. Los científicos fueron mártires de esa tragedia cultural. Tratados como herejes, sacrílegos, ateos, solo no fueron derrotados y convertidos todos en cenizas porque tenían en sus manos la contrapartida del juego, la mitad de la verdad. Si la Iglesia tenía una mitad de la ficha partida al medio, la Ciencia tenía la otra mitad. Pero las dos mitades en conflicto estimularon en los hombres, por una parte, el materialismo, que se hizo científico, y por la otra, el orgullo y la prepotencia de los clérigos de todos los tiempos. El ambiente así formado era el más favorable para la proliferación de todas las deformaciones del vampirismo. Enclaustrada en una supuesta sabiduría infusa e infalible, que venía del Cielo, la Iglesia se enfeudó en el Vaticano, convertido en el Reino de la Tierra por el cual había cambiado los sueños mesiánicos del Reino de Dios. Kardec intentó salvar a las dos partes y reajustarlas racionalmente, restableciendo la unidad partida del espíritu humano. Fundó la Ciencia del Espíritu en la línea metodológica de la Ciencia de la Materia. Reveló la existencia concreta de las manifestaciones del espíritu en todo el mundo, a lo largo de la Historia. La Ciencia de la Materia solo aceptaba lo real fenoménico, pero consideraba los fenómenos del espíritu como alucinaciones místicas. Kardec investigó y demostró científicamente la realidad innegable de los fenómenos paranormales. Sin embargo la paga que recibió de los beneficiados por ese trabajo sacrificial, fue la repulsa y la condenación de lado a lado. Pero tras su victoria, la Ciencia de la Materia, como Tomás, ha tenido que tocar con los dedos la llaga de la verdad y aceptar el esquema, la metodología de Kardec, acrecidos únicamente de los recursos tecnológicos actuales, para confirmar y restablecer la unidad del espíritu en la cultura de nuestro tiempo.**

Hoy se revela en el mundo, en su plenitud, la grandeza y la solidez granítica de la Ciencia Espírita – por la Metapsíquica, la Psicobiofísica, la Física Trascendental de Zöllner, (hoy Física Atómica y Nuclear), la

Medicina Psicosomática, la Técnica Electrónica en las grabaciones de lo inaudible, los logros de la Astronáutica, de la Parapsicología, los descubrimientos espíritas hechos por los científicos materialistas de la Universidad de Kírov, en la URSS, las conclusiones más actuales de la Filosofía Existencial, que confirman y suscriben los principios de la Filosofía Espírita, y así sucesivamente.

Sir Oliver Lodge y Léon Denis proclamaron, en Francia y en Inglaterra respectivamente, que el Espiritismo es la Síntesis Total de la Realidad. Russell Wallace afirmó: "Toda Psicología es un Espiritismo rudimentario". Einstein proclamó: "El Materialismo ha muerto por falta de materia". Los teólogos claman por nueva Teología y los más inquietos proponen la Teología Radical de la Muerte de Dios, las Iglesias se estremecen en sus cimientos gigantescos y se reforman apresuradas, los ídolos son retirados de los altares, Papini admite la conversión del Diablo y se forman partidos clericales que sostienen la naturaleza simbólica del Diablo y de los Ángeles. En esa revolución aturdidora solo una entidad permanece inamovible en sus fundamentos y en sus principios, en su estructura que abarca las dimensiones del futuro, en su prestigio cultural y popular creciente: el Espiritismo. Solo él, con su triple, geométrica estructura, y su formidable arsenal de hechos comprobados científicamente, ofrece al mundo la solución total de sus problemas. Y lo hace de manera abierta y clara, sin sujeciones dogmáticas, sin exigencias proselitistas, sin el menor interés por la dominación de las conciencias, sin organizaciones sistemáticas de cualquier tipo, sin intenciones pretenciosas de dominación política, ideológica o financiera, sin discriminaciones sociales, raciales o culturales, abriendo los brazos al mundo para darlo todo sin pedir nada. Concierne a los hombres, por tanto, a todos nosotros, optar por él o por cualquiera de las múltiples ideologías de la codicia y de la esclavización que brotan de las entrañas de un pasado fallido. Estamos evidentemente en una encrucijada histórica del mundo. O tomamos un camino claro y seguro en nuestra conducta, iluminado por el Sol de la Razón, o nos embreñaremos tontamente en la *Selva-Selvaggia* **de la visión dantesca, entregándonos a la práctica inexplicable e incomprensible del vampirismo deformado y deformador. La Razón es nuestra brújula. Sin ella podremos caer nuevamente en el misticismo medieval o resbalar por el sumidero común de los escépticos, que son los muertos-vivientes o aparentemente vivos. La búsqueda de la Verdad, del Bien y del Orden, de la Justicia y de lo Bello, es una determinación del Espíritu Supremo a la cual no podemos escapar. Kant se equivocó al negar la posibilidad de la Ciencia en lo trascendente, donde la Razón no penetraría. La Historia de la Ciencia ha demostrado ante nuestros ojos lo contrario, mostrándonos que el Universo es la Razón.**

FICHA DE IDENTIFICACIÓN LITERARIA

J. HERCULANO PIRES nació el 25 de septiembre de 1915, en la antigua provincia de Avaré, Zona Sorocabana, y desencarnó el 9 de marzo de 1979, en São Paulo. Hijo del farmacéutico José Pires Correa y de la pianista Bonina Amaral Simonetti Pires. Hizo sus primeros estudios en Avaré, Itaí y Cerqueira César. Reveló su vocación literaria desde que empezó a escribir. A los nueve años hizo su primer soneto, un decasílabo sobre el Largo São João, de su ciudad natal. A los dieciséis años publicó su primer libro *Sueños Azules* (Cuentos), y a los dieciocho el segundo, *Corazón* (poemas libres y sonetos). Ya tenía seis cuadernos de poemas en el cajón, colaboraba en los periódicos y revistas de la época, de la provincia de São Paulo y de Río. Tuvo varios cuentos publicados con ilustraciones en la *Revista de la Semana* y en el *Malho*. Fue uno de los fundadores de la Unión Artística del Interior, que promovió dos concursos literarios, uno de poemas, por la sede de la UAI en C. César y otro de cuentos, por la Sección de Sorocaba.

Mário Graciotti lo incluyó entre los colaboradores permanentes de la sección literaria de *La Razón*, en São Paulo, que publicaba un poema de su autoría todos los domingos. Convirtió (1928) el periódico político de su padre en semanario literario y órgano de la UAI. Se mudó para Marília en 1940 (con 26 años) donde adquirió el periódico *Diario Paulista* y lo dirigió durante seis años. Con José Geraldo Vieira, Zoroastro Gouveia, Osorio Alves de Castro, Nichemja Sigal, Anthol Rosenfeld y otros, promovió, a través del periódico, un movimiento literario en la ciudad y publicó *Estradas e Ruas* (poemas) que Érico Veríssimo y Sérgio Millet comentaron favorablemente. En 1946 se mudó para São Paulo y lanzó su primer romance, *O Caminho do Meio*, que mereció críticas elogiosas de Afonso Schimidt, Geraldo Vieira y Wilson Martins. Reportero, redactor, secretario, cronista parlamentario y crítico literario de los *Diarios Asociados*. Ejerció esas funciones en la Calle 7 de Abril durante casi treinta años. Autor de ochenta libros de Filosofía, Ensayos, Historias, Psicología, Parapsicología y Espiritismo, varios en cooperación con Chico Xavier, y lanzó recientemente la serie de ensayos *Pensamiento de la Era Cósmica* y la serie de romances y novelas de *Ficción Científica Paranormal*. Alegaba padecer grafomanía, escribiendo día y noche. No tenía vocación académica y no seguía escuelas literarias. Su único objetivo era comunicar lo que consideraba necesario, de la mejor manera posible. Graduado en Filosofía por la USP, publicó una tesis existencial: *El Ser y la Serenidad*.

(CONTRAPORTADA)

Viviendo en el plano extra-físico, los vampiros actúan sobre nosotros por inducción mental y afectiva. Nos inducen a hacer lo que ellos desean pero no pueden hacer por sí mismos. Podemos resistirnos a esas inducciones y hacerles alejarse de nuestro ambiente con la simple negativa a atenderlos. Pero si aceptamos viciosamente sus órdenes, acaban por dominarnos. Así nos convertimos en servidores y comparsas suyos, establecemos con ellos fuertes vínculos afectivos y sensoriales o mentales. Cuanto más los obedecemos, más sumisos nos tornamos. Los vampirizados que se quejan de falta de fuerza para resistirse a ellos se engañan a sí mismos. La resistencia frente al vampiro es un momento decisivo de nuestra vida. En ese momento es cuando se revela en la práctica nuestro libre albedrío, nuestra libertad individual, nuestra capacidad de querer y hacer.